

CHICAGO CHICO



do

dez

rasco

CHICAGO CHICO

En Méndez Carrasco, hasta donde alcanza la mirada de un crítico objetivo, no se esconden consignas ni prédicas de tipo político, sino un amor a la veracidad, que lo conducen a excesivas demasías de un naturalismo desenfadado. Un crítico presuntamente marxista, pero desconocedor del realismo crítico, sostuvo que Méndez Carrasco no pintaba al pueblo chileno, sino a los subproductos de la clase proletaria. Sea lo que fuere, en su libro **Chicago Chico**, se exhibe un panorama desconocido por la gente ordenada y burguesa. Aparece allí un siniestro y estremecedor conglomerado de prostitutas, rufianes, parásitos, individuos sin oficio ni beneficio que, en determinados instantes, son hasta humanos y simpáticos como cualquier buen vecino.

La denominada CAFILA HAMPONA es un repertorio representativo del bajo nivel moral en que se desenvuelve la actividad social de Chicoco; el lanza Muleta, el ladrón Gomina, Carreta Vieja, el rufián de Los Callejones; Balalo, el amor de la Rucía; Pomarropia y el extraordinario CA-CHETON PELOTA. El libro de Méndez

L DE CHILE

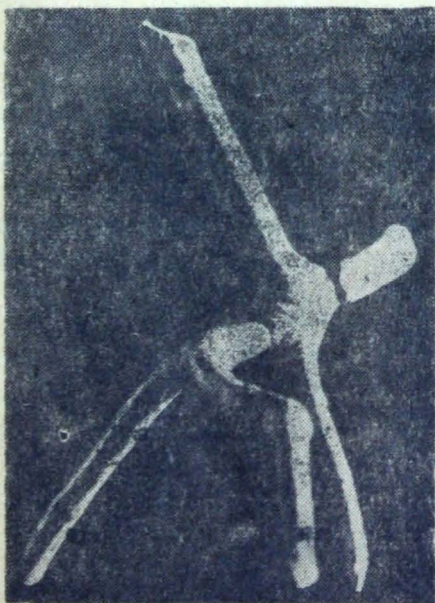


ARMANDO MENDEZ CARRASCO

Chicago Chico

DECIMOQUINTA EDICION

NOVELA



Inscripción N° 25154

SANTIAGO DE CHILE

1967

Dedicatoria

Un día. Hace ya algunos años conocí a un hombre generoso, abierto, sin rayas. Era Sergio Welsh Bustamante. Supo que escribía; recogió mis primeros trabajos y dióle forma de vida con el nombre de "Juan Firula". A él, lejano ahora, dedico esta obra.

A. M. C.

CHICAGO CHICO

- 1^a Edición: 9 Junio 1962.
- 2^a Edición: 20 Octubre 1962.
- 3^a Edición: 13 Enero 1964.
- 4^a Edición: 24 Noviembre de 1964.
- 5^a Edición: 17 Julio 1965.
- 6^a Edición: 13 Agosto 1965.
- 7^a Edición: 18 Septiembre 1965.
- 8^a Edición: 4 Diciembre 1965.
- 9^a Edición: 6 Marzo 1966.
- 10^a Edición: 20 Marzo 1966.
- 11^a Edición: 11 Mayo 1966.
- 12^a Edición: 17 Mayo 1966.
- 13^a Edición: 18 Julio 1966.
- 14^a Edición: 6 Septiembre 1966.
- 15^a Edición: 25 Julio 1967.

En prensa:

Cachetón Pelota.

U n o

No creo que haya nacido bajo signo fatal. Sin embargo, extraña inclinación me guiaba hacia caminos ilegales, caminos que dejaron un estigma en mi siquis.

Pertenezco a una familia de clase media. No obstante, a menudo he oído hablar a ciertos familiares de su rancia estirpe. Todo esto nunca me ha impresionado. Sé concretamente que ganar algún dinero cuesta lágrimas de humillación.

* * *

Quisiera revivir esos lejanos días de liceano. Quisiera recordar el complejo mecanismo de las fracciones comunes, los raros teoremas y las ecuaciones altas. Quisiera verme transportado al parachoque de los viejos tranvías. Ahora puedo confesar: jamás pagué un centavo de pasaje cuando debía dirigirme de mi hogar de calle Víctor Manuel al Liceo "Miguel Luis Amunátegui", de Avenida Portales. En alguna forma tenía que evitar el pago de locomoción, pues el importe de diez míseros cobres por cada viaje significaba una caliente hallulla de la Panadería "El Sol". En esos larguísimos viajes, atravesando Santiago de Chile de un extremo a otro, utilizando diversos ardidés, esquivaba el cobrador de la Línea N° 33, Avenida Matta. Exponía la vida.

Cuando mi ánimo era brioso, hacía estas distancias simplemente a pie. Ahí una raya de orgullo distinguía mi frente: tenía la seguridad de que ni el cobrador ni otros individuos podían detener mis pasos. El pan, adquirido con tanto sacrificio, lo hallaba más sabroso; era un pan que poseía la virtud de extirpar el animal que residía en mi estómago.

Un hecho me fastidiaba cuando efectuaba estas caminatas: la capital chilena me parecía abominable, con sus casas sucias, con calles polvorientas y con infinidad de carretelas verduleras que pasaban al Mercado o a la Vega Central.

Muy temprano salían las mujeres con largas batas descoloridas y ajustadas a limpiar las aceras. ¿Por qué ellas se mostraban desaliñadas y con ojos cansados? Todo esto, particularmente, me descomponía; pero yo no podía gritarles mis angustias. Me sentía solo, rodeado de un mundo que no acertaba a comprender.

¿No sería mejor vivir como pájaro? En muchas ocasiones descubrí que no sabía reír como los niños normales. ¿Me consideraba un anormal? Mis desatinos posteriores me darían, con el tiempo, un lugar que no anhelaba.

En mis años liceanos viví atormentado. Con mucha continuidad, ni yo mismo me entendía. ¿Por qué, por ejemplo, me agradaba levantarme en los amaneceres? ¿No era esto una aberración para los niños de mi edad? La mañana fresca, el canto de los pajarillos multicolores, los gallos madrugadores y la despedida de Venus cuando descendía sobre la costa, me abstraían. ¿Por qué esa remota belleza? Minutos más tarde iría cruzando San-

tiago para ahorrar diez centavos y comprar una caliente hallulla de la Panadería "El Sol".

A las siete de la mañana de cada día, con absoluta precisión, me detenía en la puerta principal del Liceo "Miguel Luis Amunátegui". Era el primer alumno en poner mis pies en el aula de Segunda Enseñanza.

—Y a ti, cabrito, ¿te falla?

Jamás respondía estas palabras; pero movía en forma mecánica la mitad de mi rostro, de ese rostro que no podía apreciar el portero.

No fui un escolar destacado. No jugué en los recreos y me distanciaba de mis compañeros que se embobaban leyendo las historiétas de "Quintín El Aventurero", o siguiendo las seriales, sentimentales y fantásticas, de "Don Fausto". Tampoco hice la cimarra. Empero, una fuerza irresistible me empujaba hacia senderos prohibidos.

—¿Como tú eres tan tranquilo, me imagino que serás el mejor estudiante de tu curso!

No podía serlo; ello exigía una preocupación constante de las materias tratadas en clase. Me sentía distante de ese torrente de sabiduría que emitían esos maestros serios y distinguidos.

—A ver, Escudero, ¿cuál es el cuadrado de un binomio?

Existía un motivo básico que conducía mi cabeza por rutas muy distantes. En verdad, vivía en un pequeño desorden hogareño y este desorden me afectaba. Mis padres, a menudo asistían a ritos religiosos, poniendo rostros de mártires como si hubiesen cometido delito. En este sentido, no podía comprenderlos. Si eran buenos o trataban de serlo, ¿por qué ponían esas caras estúpidas ante las imágenes sagradas?

A mi padre no se le veía el dinero. El decía que su profesión no le alcanzaba para vivir. ¿Sería así?

—¿Qué te parece, madre, que yo trabaje para ti?

—¡Imposible, hijo! Tú serás médico.

La casa caminaba muy mal; con o sin razón, se motivaban peleas, discusiones inútiles, griterío de mis hermanas menores que pedían vestidos y calzones de seda.

Hubiera deseado desentenderme de toda esa vorágine familiar. No pude. Todo se aunaba: el liceo, el asunto alimenticio, las desavenencias conyugales, mis hermanas y mis continuos viajes al plantel educacional, evitando la presencia del cobrador. Y como burla, sin necesidad vital, surgía el intrincado teorema de Pitágoras, la filosofía de Santo Tomás de Aquino y la poemática de Mío Cid.

Quisiera sepultar esos días: ¡No puedo!

Y esto pasó siempre...

Una mañana me levanté aterido. Con diecisiete años sobre las espaldas, me sentía viejo. Consideraba que vivir más era vicio. Como tantas veces salí de casa sin desayuno. Mi padre dijo no tener dinero para el diario sustento; mi madre se cruzó de brazos. Me tiritaban las manos, los labios y mi camisa estaba rota. No llevaba, por cierto, calzoncillos. En el paradero de Avenida Matta con Santa Rosa había numeroso público en espera del tranvía 33. Descuidadamente tomé un boleto usado. Entraría en el vehículo y se lo mostraría al cobrador con soltura, mirándole de frente. Seguramente, en esta **operación-engaño** pasaría inadvertido y podría llegar a las vecindades de mi liceo como si tal, es decir, sin problemas y con la risa juvenil de otros muchachos.

—¡Los Boletos! ¡Los Boletos!

Se aproximaba el cobrador; sus ojos ávidos de dinero, estaban impacientes. El tranvía, al detenerse en cada esquina, se quejaba por largo rato.

Me anticipé.

—¡Aquí está mi boleto, señor!

El hombre no esperó un segundo; me irguió por la solapa; hizo temblar la campanilla y el carro se detuvo con brusquedad. Antes de soltarme, me asestó feroz puntapiés por las nalgas. Me mordí los labios.

—¡A mí no me hace huevón nadie! ¿Oíste?

Le quedé mirando con infinita pena, como dándole a entender que había sido cruel. En medio de mi aflicción, capté risotadas y la música áspera de las ruedas del tranvía puestas en movimiento. Mis pantalones destrozados fueron testigos de mi pequeña tragedia.

D o s

En el sexto año de humanidades se trizó definitivamente mi vida. En consecuencia, un nuevo panorama surgía ante mis ojos.

Mi padre fue ultimado en un garito disfrazado de billares de calle Merced. Después supe que tal arteria cae en el drama policial con el justo sobrenombre de CHICAGO CHICO, en razón de albergarse por ahí la delincuencia alta y baja de la nación. ¿Qué había pasado? Mi padre era jugador, y todo su dinero se escurría bajo

la danza de los naipes y los dados. Un tal Chucheta le sorprendió con éstos cargados. Cerró los ojos en su ley, quedando con aquella cara estúpida que ponía en la iglesia junto a mi madre. Hubo, por consiguiente, llanto familiar y mi padre fue colocado en el altar de los santos.

—¿Qué haremos ahora, hijo?

—¡Yo trabajaré para ti, madre!

La vieja mujer no contestó mis palabras y desde ese día reconcentró todas sus horas en mi frente.

Los estudios secundarios y mi carrera de médico quedaron en el aire. ¡Ahora había que trabajar! Mis hermanas se fueron a radicar donde unas tías que vivían en el austral pueblecito de Pitrufrquén. En su presencia física, nunca más supe de ellas. Mi madre no quiso seguir las, pretextando que los hombres estaban en mayor peligro que las niñas. Quedé solo frente a ella.

Deseé siempre los mejores días para mi madre; pero le di continuas molestias derivadas de asuntos dudosos. En verdad, que anhelaba vivir sin barreras, sin hipocresía, sin engañarme, valiéndome por mí mismo. No me fue posible; siempre hubo factores que detuvieron mis aspiraciones.

—¡Nada haces por triunfar, hijo!

Logré, por fin, un puesto de oficinista en el Almacén "Roma", de calle Puente. Ahí, durante algunos meses, me especialicé en hacer guías y en disponer el despacho de artículos de primera necesidad. Me pagaban cien pesos mensuales. Era un sueldo miserable; apenas alcanzaba para subsistir.

Al poco tiempo, como tenía habilidad en mi trabajo, los dueños —unos testarudos italianos— me subieron el sueldo a la cantidad de ciento cincuenta pesos por mes.

En el ajetreo cotidiano, noté que la confección de guías y el despacho correspondiente estaba entregado totalmente a mis manos, y que nadie se preocupaba del control. Consideré que no había delito en turbios manejos, pues me sentía bajo explotación.

Los vendedores al mostrador llegaban a mi ventanilla con una lista en que anotaban los pedidos: un saco de harina, dos quintales de azúcar, cinco litros de aceite, tres kilos de queso de Chanco y un sin fin de especias vitales. En la danza de artículos alimenticios, recordé mis días de liceano, del ahorro de míseros centavos recorriendo calles y avenidas para comprar una hallulla. En el Almacén "Roma" la mercadería era lluvia incesante. Medité. ¿No hacía yo mismo el despacho? ¿No disponía también la salida de las veloces camionetas a domicilio? Entonces pensé en azul horizonte, en horizonte sin estrecheces. Así esperé con paciencia el instante clave.

En aquella fecha vivíamos en una casita de calle Víctor Manuel, del barrio Avenida Matta. Y en mérito a la verdad, diré que en muchos días los porotos eran luces de bengala.

Un cajón de comestibles cayó en mi hogar. La operación dio resultado. Así se extinguió la necesidad estomacal; mi madre habló de un hijo bueno, cariñoso, responsable.

El trabajo del Almacén "Roma" se derrumbó: fui eliminado por malos negocios.

T r e s

Mas esa vida hogareña, llevada con cierta rigurosi-

dad, me hastió. Traté de buscar otros parajes, ángulos donde pudiese alternar con seres desconocidos. ¿Por qué consideraba que la gente de mi plano no me comunicaba nada? En esos períodos de mi vida no me agradaba conversar con nadie; en cambio, observaba mucho. Tal vez esto me hizo estrujar mis sesos mucho antes que otros jóvenes de mi edad.

Una noche de altas y bajas estrellas caí en "La Buenos Aires", un salón de baile de mala muerte de calle San Diego con Pedro Lagos. Ahí se bailaba con pésima orquesta de jazz. Los músicos, barrigudos y somnolientos, ejecutaban jazz parejo, sin insinuaciones, sometidos estrictamente a los signos dibujados en el pentagrama. Pero no fue el conjunto musical donde detuve mis ojos, sino en las muchachas y los jovenzuelos.

Las adolescentes vestían faldas ceñidas, zapatos de taco alto, cinturones amplios y blusas semiabiertas; dejaban escapar pechos de formas irregulares. Algunas jovencitas eran descuidadas; emitían olores comunes, emanaciones de sudor y polvos baratos. En los ademanes femeninos había descaro; deseaban demostrar que ellas no tenían prejuicios en eso de lucir piernas y calzones bordados.

Los muchachos vestían pantalones de moda Oxford, amplísimos; chaquetas cortas, camisas blancas, cuello almidonado y un colosal nudo en la corbata. En su mayoría usaban zapatones de gamuza, descoloridos y lustrosos por el ajetreo diario. El epílogo se circunscribía a grandes meleñas peinadas a la gomina. Algunos, aún muy jóvenes, repintaban sus bigotes con extraños ungüentos de fabricación casera.

La noche de mi debut en "La Buenos Aires" se eje-

butaba un trozo de "Menphis Blues", de William C. Handy.

La elaboración musical, exenta totalmente de *swing*, no era razón para que los bailarines no se moviesen con frenético ritmo. Diríase que esa juventud había nacido para el baile, incluyendo el amor estrambótico.

Silencioso, como queriendo pasar inadvertido, me ubiqué en un costado del salón. El humo negro de los cigarrillos "Monarch" y "Premier", replegado hacia los altos focos, imprimía mágico signo al cielo raso. Las mariposillas, intranquilas y tímidas, armonizaban con el balanceo monótono de la jazz-band. Quieto, abstraído por las luces de colores, por el paso de los *filóricos*, comprendí que esa inquieta generación vivía el presente. Quizá si muchos de esos jóvenes portaban una tragedia privada o pública. ¿De qué valían ahora los problemas? Simplemente vivían; no rezaba ahí el pasado, menos el futuro.

"Los maracos viven pendientes del porvenir".

Salí de mi abstracción. No podía seguir inactivo. Me decidí.

—¿Bailamos, señorita?

La muchacha me miró con tamaños ojos. El trato de "señorita" no correspondía para un ambiente turbulento como "La Buenos Aires". Me dejé llevar por el compás moribundo de la orquesta, sometiéndome a oír la conversación trivial de la bailarina. Una cosa preciso: su larga cabellera que me azotaba con vigor mi rostro. Aquello era algo nuevo para mí.

—Parece que fueras del campo.

Me reí hacia adentro. Hubiera querido decirle lo intrascendente que estimaba todo eso; temí la risa estridente de la muchacha.

“Y si todo eso te parece intrascendente, ¿qué haces aquí, imbécil?”.

*
* *
*

Medianoche. La calle San Diego es como una bailarina enferma. Muestra casas viejas, nuevas, galpones, sitios eriazos, edificios en construcción; plagas de letreros luminoso, carteles desteñidos; hoteles dudosos; mujeres errantes. Desajustado al ambiente comercial que reina en esa arteria, se levanta por ahí un plantel de Segunda Enseñanza. La calle se corona con restaurantes, cafeterías, pensiones y gentío indigente.

En Victoria, Olga dobló hacia Arturo Prat y fue a dar conmigo a la Cocinería “La Mundial”. Quise oponerme.

—¡Aquí pago yo, Chicoco!

No valía discutir. En mesa sin mantel, más sucia que limpia, aparecieron dos tazas de café con leche y un plato hondo, desbordado de sopaipillas fritas en grasa. En un rincón del negocio, una electrola luminosa —chocante para el bajo ambiente— graznaba un tango compadrito. La muchacha comía sin hablar; a veces, de reojo, demostraba satisfacción, inclinándose hacia lo picaresco.

—¿Por qué tenís la nariz tan larga? Es así el...

Después volvió la calle Victoria; veíase ahita de viejos cacharros de mil novecientos treinta y tanto. Numerosos hombres bebidos, con aire triunfal, entraban y salían de los múltiples bares y cantinas. Todo esto me preocupaba. Olga me llevaba del brazo; se notaba con-

tenta, satisfecha, anhelante de algo que no podía comprender. Mi cabeza estaba en "La Buenos Aires", en los timbales ásperos de la jazz-band, en la noche plena y en Olga, la bailarina pizpireta. Yo pensaba, ilusamente, que nuestra amistad, tan sin base, concluiría en la esquina de Arturo Prat y Santiaguillo. No fue así. Me condujo, entonces, por obscura callejuela: piedras de huevillos, reflejos lejanos, altos y bajos; veredas carcomidas. Retrocedimos a San Diego, enfrentándonos hacia Alameda Bernardo O'Higgins. Aquello era como una película documental: cuadras y cuadras; letreros y vitrinas con mercaderías inverosímiles; árboles quietísimos, resignados; borrachos canturreando su vicio. Luego el aviso sugestivo: "Hotel Las Noches de Colón", piezas para pasajeros. ¿Piezas para pasajeros? En ella, todo aquello era tan sin gracia, como beber agua en taza.

—¡Aquí comienza la fiesta!

No pude resistirme. La vieja mampara crujió de mohosa, y la muchacha me apretó la mano, mostrando sus ansias de acostarse rápido.

—¿Qué te pasa, Chicoco?

Quería replicarle; darle a entender tantas cosas.

—¡Nos acostamos y tilín!

En el cuartucho había un catre sonoro y ruinoso; un velador roñoso, cuadros de mal gusto y polvorientos. En las murallas estampábanse inscripciones obscenas, recuerdos bajos, dibujos: "Aquí me planché la Sonia"; "el 24 de octubre le comí el chico a Jacinta"; más allá: "pico para el que lea". Algo anormal: "Teresa y Raúl". Un corazón herido.

Sin reparar en aquellas palabras, la muchacha se levantó los vestidos; me estremecí íntegro. Este acto lo eje-

cutó con absoluta tranquilidad, sin pudor, sin mirarme. En seguida, sus ojos al hallarse con los míos, cambiaron de expresión. Aún recuerdo su falda azulina, el jersey blanco y una boca recargada de rouge violáceo. Tenía el rostro agradable, aunque una cicatriz transversal, en sobrerrelieve, le daba aspecto de mayor edad. Sus pechos todavía se conservaban altos. No usaba calzones.

—¿Cómo puedes andar así en invierno?

—El asunto de abajo no tiene estación.

Una luz roja precipitó el hecho, y un reloj distante tocó dos campanillazos. Ahí, como despertándose, me mordió por el cuello, me atracó a su cuerpo caliente, y varias veces pasó sus manos por mi pelo. El instante me producía una extraña y desconocida sensación. La mujer, experimentada en la materia, notó mi nerviosismo.

—Parece que nunca hubieras estado con mujer. ¿Es así?

—Así es...

Aquella revelación descontroló su vientre; se movía como loba hambrienta, jadeante, vivísima, desfalleciente a ratos. Me mordisqueaba los hombros, restregándose; rara vez se sosegaba. Luego gemía; era un gemido poco común, distinto. Después hablaba incoherencias, cerraba y abría los ojos, agitando la cabeza como confundida.

—No más, Chicoco. Me haces daño, Chicoco.

Vino la mañana; renació el canto de los gallos y mis párpados se entornaron sobre el pecho túrgido de Olga.

Y me besó en paz.

C u a t r o

Mis visitas a "La Buenos Aires" fueron regulares. Me fascinó el ambiente. Comencé a llegar muy tarde a casa. Mi madre no dijo nada. Ella seguía pensando en su hijo angelical y puro.

Perdido el empleo en el Almacén "Roma", mi madre comprendió que algo había que hacer por la vida. Siempre anheló tener un pequeño taller de modas; de niña estudió corte y confección en una escuela vocacional de la región austral. En vida de mi padre, ella se dejó abatir. De improviso, hizo resurgir el pasado y se vio envuelta en figurines, modelos parisienses y géneros vistosos. El dinero no escaseó más.

—Ahora, hijo, te vestiré como corresponde.

Me sobé las manos; pero aquello me hizo mal: mi madre pagaría mis vicios. Ni siquiera comprendí que había perdido la moral. ¿Moral? ¿Acaso la tuve alguna vez? Quisera borrar esos días de abuso familiar.

¡Veinte años cayeron sobre mis espaldas! Junto a la nueva edad logré una filosofía personal. Mis pensamientos, ¿interesarían a alguien? Sabía que estábamos viviendo para morirnos; no obstante, esto costaba asimilarlo.

Me atraía todo aquello que fuese anormal, pero me-

ditaba. Esforzábame por ser un hombre correcto: no podía. No entendía esa gente que frecuentaba templos, transformando su rostro. Me imaginaba a Dios sentado en un trono de luces, quizás un poco risueño.

Y luego caía en lo mundano: "La Buenos Aires", con su galería de granujas. Olga se enloquecía por el baile y las sábanas. El tiempo, con todo, me hizo tomarle cariño y pena grande. ¿No había sido mi primer amor material? ¿Por qué despreciarla?

"Para vivir tengo que moverme. Si me detengo, re-viento".

Al Olga le debía mis primeros pasos en el incierto mundo del hampa. Poco a poco me iniciaría en el tempestuoso mar del **argot**, **coa** de bajo fondo. Ya no hablaría más de robo, sino de **bollo**; **la que no mete ruido**, descartaría a la cuchilla; no rezaría hablar del juez, sino del **curioso**; el sustantivo detective, reemplazábase por el vocablo **tira**; no procedería nombrar la lengua, únicamente **la sin hueso**; no contaría el dinero, sino la **música**; como sería innecesario pagar una deuda de mil pesos, sin referirse a **luca** o **lucrecia**.

Así conocí los excéntricos ejemplares de la noche; todos trasnochados por el humo lujurioso de la mariguana y de las mujeres desnudas. Había nacido para convivir con seres fáciles, seres que no me congestionaban el cerebro con temas culturales o académicos. Además, ¿cómo pisar otro terreno si la vida me entregó un rostro durísimo? En la mirada de muchas personas descubrí un pensamiento:

"La cara lo delata".

“¡Con ese gallo, ni a misa!”.

No me quejo; el rasgo de hombre-bestia me puso decididamente al lado de prostitutas bajas y delincuentes altos. Si hubiese pisado ambientes de mi condición social, ¿habría sido bien acogido? Quizás si hubiera caído con exactitud en la tierra del fabulista bilbaíno.

El telón de fondo de “La Buenos Aires” estremecía. Ahí conocí a **Muleta**, hábil lanza que operaba en tranvías y buses; a **Gomina**, diestro ladrón del Barro Alto; a **Carreta Vieja**, embaucador y **cañiche** de Los Callejones; a **Mario Corneta**, vividor y borracho consuetudinario; a **Malalo**, explotador de la Rucia, simpatiquísimo y charlatán; y al pistolero **Pomarropia**, jugador de garitos. En el centro de este marco, surgía la figura nefasta de **Cachetón Pelota**, gran seductor y tratante de blancas de los suburbios porteños.

“¡Poto que veo, culo violado!”.

“No será mucho, Cachetón Pelota”.

Por el momento no fue Gomina, Carreta Vieja, Mario Corneta, Malalo, Pomarropia ni Cachetón Pelota quien atrajo mis ojos. La contextura física y el modo de actuar de Muleta me interesó. ¿Qué hacía con su pie deforme? Había notado que le rodeaban, que las muchachas seguían sus palabras y que bailaba **fox-trot**, de estilo **slow**, con cierta expedición.

“¡Nadie me quita lo bailado, mierda!”.

Muleta era un muchacho delgado, ojeroso, vestido con suma modestia; su rostro revelaba ingenuidad. Este físico supo explotarlo, vaciando los bolsillos de los despreocupados que diariamente colgaban de tranvías, **gón-dolas** y buses.

“Mientras la gallá duerme, yo le despierto los bolsillos”.

Vivía también el mundo nocheniego; el dinero lo botaba entre “La Buenos Aires” y el “Follies Bergere”; entre el “Salón Olimpia” y algunos cabarets de calle Bandera y San Diego. Acerca de sus padres, no sabía nada. Cuando el licor le removía la cabeza, flaqueaba su corazón.

“A mí no me caga nadie”.

“Sosíégate, Muleta”.

“¿Sabís?”.

“Dime”.

Entonces poníase a llorar a mares; convulsionaba “La Buenos Aires” y ni siquiera la jazz-band, ejecutando “Tiger Rag”, reposaba el ambiente. El trastorno le hacía proferir obscenidades.

“¡Me hicieron con mierda!”.

En seguida sobreveníale un llanto tenue, y los amigos le mojaban la frente para hacerle reaccionar.

“¡Ya, Muleta! ¡Los maracos lloran!”.

Cinco

Mi madre ignoraba el terreno que había comenzada a frecuentar. Por otro lado, el hogar prosperaba como por encanto: flores principales, muebles relucientes y ence-

rado de categoría. La casa se remozaba. La vianda era abundante: papas fritas, caldo de vaca, budines, frutas y bebidas gaseosas. Y más allá de la medianoche, la voz dulce de mi madre:

—La camita está caliente, hijo. Te dejé un tecito en el termo, y la virgencita para que vele tu sueño.

Me destruían sus palabras, pero no podía reaccionar. ¿Por qué la defraudaba? ¿Por qué ese vil engaño? ¿De dónde procedía mi pésima sangre?

—Me imagino que una niña buenamoza te retiene por las noches, hijo.

—Sí, mamá. Estuve en casa del Regidor Policarpo.

Confesarle la verdad, sería cruel. El baile de “La Buenos Aires”, mi contacto sexual con Olga y la **cáfila hampona**, constituían toda mi existencia. El mundo purísimo que me ofrecía mi madre, no lo entendía.

—¿Sabes, hijo?

—Dime, mamá.

—Te dejé un regalito bajo la almohada.

Había ahí un pijama nuevo, listado, de buena calidad.

—¿No comprendes, madre, que no nací para usar esa prenda?

Me parecía fuera de tono ponerme esa extraña vestimenta para dormir. ¿No era mejor acostarse desnudo?

—Tendrás que acostumbrarte, hijo. Sólo la gente decente tiene pijama.

*
* *
*

Yo no quería ser decente. Anhelaba vivir a mi modo, desligado de la forma tradicional.

El ambiente de "La Buenos Aires" comenzó a repugnar-me; siempre las mismas mujeres; los mismos rostros masculinos, la palabrería con olor a sexo, la vieja jazz-band ejecutando música **straight** y comercial. De común acuerdo con Olga, una noche visitamos el renombrado "Follies Bergere", de Plaza Almagro. En ese centro turbulento imperaba como rey El Cabro Eustaquio. El "Follies Bergere" era un salón de baile de forma rectangular, muy encerado, con espejos antiguos y con lámparas de estilo. La orquesta, de músicos jóvenes, podía interpretar con más soltura los viejos **blues** de New Orleans y Chicago. Contrariamente al ambiente de "La Buenos Aires" había ahí más compostura, más limpieza material. En los rostros, de ambos sexos, se notaba, eso sí, también ese cansancio mundano que lógicamente transforma el interior de los seres.

—¿Sabís quién es ése, Chicoco?

Me encogí de hombros.

—El famoso Cabro Eustaquio, un firmeza de la cama.

He ahí el retrato de Olga. Ella no concebía nada más que el mundo sexual. Tal vez, en una muchacha de su clase, aquello no podía ser de otra manera. Mas Olga no tenía dobleces, y eso lo comprendí una noche en que dio conmigo en su mínimo y coqueto rincón. Asilábase donde La Mimí, gordísima regente de calle Lingue.

—¿Sabís, Chicoco, que ni La Mimí me aguanta? De repente, me pegará una sola patada en la raja y adiós conmigo. Después no seré nada más que un **patín**.

La muchacha no tomaba en serio su liviano oficio. No cumplía con nadie. Se enredaba con uno y otro in-

dividuo. Su irresponsabilidad sería algún día motivo de mayor perdición. Tiempo atrás había sido puesta en la calle de otra ramería. Como galardón mostraba tosca cicatriz en la mejilla izquierda.

—El Nimbo me cagó la cara.

En casa de Mimí la juerga se iniciaba a medianoche. Se bailaba a los compases de **ortofónica** victrola. Podíase, con algún alborozo para mí, escuchar de tarde en tarde, “Mood Indigo”, que Duke Ellington, famoso pianista de color, había compuesto en colaboración con Barney Bigard. Entonces encontraba hermoso aquel ambiente. Bebíase en casa de Mimí ponche arreglado por el Lalo; era éste un homosexual de nota.

Numerosos salones tenía esta casa de prostitución; en ellos sobresalían los espejos con marquetería de bronce, sillones desteñidos y mesilas de formas caprichosas. En éstas el gracioso maricón iba colocando las **guagiitas**.

—Ya, pues, chiquillas. Hay que mover el potito pa calentar los **pitucos**.

El Lalo no escondía sus arrestos femeninos. No podía disimular ni deseaba mostrarse en otro sentido. Poseía largas pestañas, manos finísimas, labios rosados y se contorneaba como bailarina **afro-cubana**. Se sentía mujer, obraba como tal, y se acercaba sin reticencia tan pronto a Olga, a Chabela o a la propia Mimí. Cuando algún juvenil contertulio —ya por burla o por estudio— poníale encima sus ojos, Lalo enloquecía.

“Ya, joven, no me queme con ese fuego malulo que me descuece el chico”.

Otras veces su gentileza se expresaba en una frase justa:

“¡De su mano, puñaladas!”.

*

*

*

En aquella noche en que Olga me invitó a casa de Mimí, hervía el ambiente. Recuerdo que pedí una jarra del clásico **arreglado** y que no contuve mis nervios, sino al ver que Olga me buscaba con curiosidad. Vestía traje largo, celeste, mostrando hombros y pechos atrevidos.

—No te había conocido . . .

La muchacha todavía se veía bien. ¿Qué hacer para sacarla de ahí? Por el momento, probablemente contagiado por el alcohol, tornábame sentimental. ¿No sería mejor echar las penas al viento? En esa noche, sólo en una ocasión bailé con Olga; a mi vista pasó repetidas veces con jovencitos que le apretaban el talle, que le besaban el cuello, diciéndole, con seguridad, frases que le excitaban. Olga se defendía con su larga cabellera, castigándoles el rostro.

Más allá de la madrugada, en medio de borrachos, mujeres seducidas en rincones oscuros, vasos quebrados y licor desparramado en desorden, la fiesta había concluido.

—¿Te quedarás conmigo, Chicoco? Da gusto tener un hombre como tú.

Nada dije a Olga sobre el abandono de esa noche; esto serviría como antecedente para retenerla a mi lado por algún tiempo más.

*

*

*

En el rincón de Olga había una cama blanda, silenciosa y alba; en el velador, una imagen de María; un ro-

pero con vestidos llamativos y largos; una banqueta aterciopelada y fotografías raras en diferentes poses.

—Me cargan los estúpidos que me gozan las tetas. ¡Ayúdame a desvestirme, Chicoco! ¿Sabís? Me siento cansada.

Hubiera deseado alentarla.

—¿Te digo, Chicoco?

—¡Dime, Olguita!

—Nací para . . .

—Bueno, bueno. No hay necesidad que lo digas.

Me costaba entender todo aquello que emitían los labios de Olga. El ambiente la seducía, pero renegaba de él. Sé que sacarla de ahí, habría sido contraproducente. Muy luego sentiría nostalgia de la noche, de "La Buenos Aires", del "Follies Bergere" . . .

—De niña me cagó mi madre.

Empleaba para expresarse un lenguaje muy directo; a veces cuidaba de él, dando la impresión de haber tenido alguna educación social.

Se acercó para que le desabrochara el sostén, para que le bajase las medias de seda, para librarla de las ligas rosadas. Después quedóse al borde de la cama, como dominada por un pasado fantasma.

—Aún recuerdo las palabras de mi madre: "vivíamos en una cité que se contorneaba por el interior de una manzana, una especie de conventillo, con ropa blanca, tendida, con palos rústicos, con alambres donde se enredaban viejas ñeclas, con chiquillería raquítica, con borrachos que entraban y salían, blasfemando de Dios y de sus propios hermanos. Mi madre era lavandera. Yo jugaba".

En su actitud reposada, no parecía una mujer vul-

gar. Comprendí que se había emocionado por la lejanía de su mirada, y por los puños apretados sobre los muslos. No quise interrumpirla. Abstraída, se pasaba la mano por la cabeza, acercándose amorosamente a mí. Bajo el sugerente ambiente de madrugada, tampoco semejaba una prostituta, sino un mujer caída en desgracia. Luego cambiaba su rostro, me miraba con tristeza, estremeciéndose:

“Si sigues mostrándole el poto a los chiquillos terminarás mal, mocosa rajachucha”.

Aquella frase no pudo olvidarla. La virginidad había muerto con la sentencia de su madre.

*
* *

Un día obtuvo un empleo en casa de familia. El hijo único, un adolescente, eran los ojos de misiá Laurita Ruiz Tagle. Cuando el jovenzuelo comprobó que la nueva sirvienta tenía gran trasero, se olvidó del Arcipreste de Hita y se entregó por entero a soñar con el Infierno de Dante.

Olga le abrió las piernas sin quejarse. El mozo la había poseído con brutalidad; aquello dejó huella en su siquis.

En otro ángulo, el marido de misiá Laurita Ruiz Tagle también descubrió las colosales asentaderas de Olga. Pero este raro pajarraco de sociedad —pulcro y moralista—, que usaba cuello palomita, zapatos acharolados, polainas blancas, camisa con pechera almidonada, gabán negro y pantalones rayados, era pieza de museo, con algún arresto momentáneo. En las reuniones familiares, pregonaba:

Soy feliz con mi Laura. El matrimonio es algo divino”.

Una noche el jovencito y misiá Laurita Ruiz Tagle asistieron a encopetada cena. El refinado esposo simuló cansancio. Más allá de la medianoche apareció desnudo en la pieza de Olga.

“Pero usted me había dicho, don Fernando, que era feliz con...”

La muchacha terminó también por mostrarse complaciente con el vejete empolvado. Este concluyó por retirarse vencido con el rabo entre las piernas.

—Al primer corcovo cayó como guata. ;No se la pudo!

Después Olga no quiso retenerse; en todas las residencias donde anheló ser honrada había un hombre al acecho, un hombre con rostro sexual, un hombre que le observaba los pechos, las asentaderas macizas.

—¡Este medio culo será mi perdición!

Olga tenía algo demoníaco en su cuerpo, sus gruesos muslos eran tenazas que mordían; sus pechos los dejaba caer sobre la boca de sus conquistadores con sadismo.

En seguida utilizaba su cabellera embriagada, envolviendo con ella la cara estúpida de sus briosos seductores.

“¡Chupa, mierda!”

*

* *

Continuaba en el borde de la cama; desnuda, quietísima, tan remota como la Nebulosa de Andrómeda.

—A veces uso calzones, Chicoco.

Cuando le correspondía la Visita Inspectiva de Sanidad, se ponía esa prenda.

—Me siento mareada con ellos. Cuando el doctor me examina el hoyo, me pongo colorada.

Con alguna pena, esa madrugada volví a dormir junto al busto todavía abultado de Olga, la prostituta de Lingue, bailarina de “La Buenos Aires” y del “Follies Bergere”.

S e i s

La mujer-sexo se distanció de mí. No quiso que buscara los motivos de esa insólita decisión. ¿Para qué? No desanimé; seguía con mayor entusiasmo visitando “La Buenos Aires” y el “Follies Bergere”. Uno, dos días; una, dos semanas. Nada.

“¡Al Chicoco le dieron en el suelo!”

Me hice de nuevas amistades femeninas; empero ninguna de éstas podía reportarme aquel panorama tan diverso que me ofrecía Olga. Al final, quizá conformándome, pensé que equello era simple capricho de mujer. ¿Sería así la sicología de las rameras? No pude encontrar una respuesta.

—¡A Olga la pringaron, Chicoco!

Ahí sentí que mis piernas querían ceder. ¿Por qué no me había comunicado ese traspiés? Luego de muchos días de retiro, me encaminé al lenocinio de Mimí. Quería verla, estar a su lado, tocarla, así como lo había hecho en “La Buenos Aires”, en el “Follies Bergere”, en el catre

crujiente del Hotel "Las Noches de Colón" y en la cama limpia de su cuartucho de calle Lingue. ¿Me había enamorado de Olga? ¿Valía la pena que prolongase ese amorío?

Al través de los cortinajes desteñidos de la casa de Mimí, no divisé el vestido celeste y largo de la muchacha. Tampoco capté su amplia sonrisa, ni vi su cabellera bailarina, ni sus pechos pronunciados.

—¿Qué fue de Olga, Lalito?

Había algazara; los jovenzuelos se sacudían por los salones como señores feudales. La victrola tocaba "Rosamadreselva", de Razaff-Waller. El solo de piano de Thomas "Fats" Waller, de gran sentido **hot**, y el agudo registro de clarinete de Buster Bailey, me aminoró el dolor que me producía la ausencia de la muchacha.

Lalo me miró con tristeza. Me supuse malas noticias.

—¡Ay! ¡Qué tragedia, Chicoco! ¡Pobrecita! La Mimí la puso patitas en la calle por haber cagado a un pituco. Pero usted, mi Chicoquito rico, la puede ver en la Uni o en San Antonio. Por allí patina la muy rajá. ¡Pobre chiquilla, mi Chicoco florcita!

*
* *

Partí a merodear a las proximidades de la Universidad de Chile, cuyo vetusto edificio se levanta en Alameda Bernardo O'Higgins entre San Diego y Arturo Prat. Me ubiqué en un costado del monumento a don Andrés Bello; desde ahí establecí mi observatorio.

Muy luego apareció una muchacha, otra y otra. ¿Por

qué habían elegido las puertas de ese plantel de enseñanza superior para tan ilícito comercio? Descubrí la causa: escasísima luz pública se advertía en la cuadra universitaria. Las chiquillas **patines** en la jerga hampona, no se preocupaban de que ahí los científicos se tuteaban con las estrellas, con las fórmulas químicas; también ignoraban que los hombres discutían sobre principios de libertad y comprensión sociales. Ni remotamente podían suponerlo: ellas veían al hombre-macho que deseaba cimbrarse sobre sus relajados vientres, convidarlas a un café deslavado y dejarles un manojo de billetes descoloridos sobre el velador de un hotelucho de tercera clase.

—Ya no reza el pasado, Chicoco.

Se había puesto a mi frente; se veía ojerosa, descuidada, pelo desordenado, labios muy repintados, falda ajustada, tacos chuecos, sin medias.

—Pero yo te quiero, Olguita.

—¿Y qué sacamos con eso?

Nos fuimos a un rincón del café "Negro Bueno", de Alameda Bernardo O'Higgins y Ahumada. Estuvimos observándonos, tomados de la mano sin mover los labios.

—No me digas nada, Olga.

Le había tomado cariño; entonces recorrí su mejilla marcada por la mano brutal de Nimbo, prodigándole infinidad de besos suaves, silenciosos. En seguida habló muy bajo.

—¡Estoy maldita, Chicoco!

—¡Bueno, bueno. No hay necesidad que lo digas.

Bebimos muchas cervezas: dos, cuatro, seis, una docena. Como fondo, la orquesta de Eddie Condon interpretaba magistralmente "I'm Sorry I Made You Cry". Mi

preocupación por Olga no era motivo para olvidar esa recia grabación del banjo blanco. Inconscientemente conocía, por golpes del corazón, todos los buenos ejecutantes de la música **hot**, incluyendo los escasos improvisadores de la raza blanca.

Subyugado por la música y trastornado por la presencia de Olga, me quedé solo. Al despertar, la muchacha se había alejado sin decirme adiós. Me lancé a la calle para retenerla; ya era tarde. Más ágil que yo, perdióse entre el gentío nocturno, en medio de los viejos tranvías, por los automóviles que se deslizaban de oriente a poniente y viceversa.

Minutos después pasaba a mi lado; iba del brazo de un desconocido, risueña, con su desordenada cabellera al viento, con sus pechos decadentes. Me sentía desdichado cuando la ví hundirse por las escalinatas altas, inmundas y estrechísimas del Hotel "Las Noches de Colón". Ahí, donde tantas veces fue mía, quedaba Olga, bailarina de "La Buenos Aires", del "Follies Bergere", ex-asilada del lupanar de Mimí.

S i e t e

—Yo sabía de tus malos pasos, hijo.

Traté de esquivar el sermón, buscando el corazón de mi madre. Ella tenía la cabeza armoniosa y el pelo íntegramente canoso. Su rostro despedía amistad y ternura.

Por su suavidad de carácter semejaba una vieja abuela.

—Quisiera regenerar mi vida, madre.

Otra vez estaba mintiendo. En ese mismo momento surgía la figura de Olga; entonces aparecía desnuda de hombros y muslos, con sus mamas turgentes y los ojos extraviados.

—Deseo una ocupación decente, madre mía. ¿Sabes que estoy aburrido de vagar y vagar?

Mas toda aquella exposición no sería otra cosa que palabras insubstanciales, viento que se escapa por los entretelones de la noche.

—Te siento otro, hijo.

Ya no veía a mi madre, sino la extensa melena bailarina de Olga. Era un perdido, un villano, tratando de engatuzar a mi vieja madre. ¿Por qué no respetaría su blanca cabeza?

La mujer se paseaba emocionada por el saloncito. A ratos accionaba, sin decir palabra; se tocaba sus orejillas, demostrando felicidad, sentimiento. Me atrajo a su falda y me retuvo en su regazo por largos instantes. Tenía los ojos húmedos.

—Eres igual que tu padre. El prometía; iba conmigo a la iglesia y allá le pedía a Dios que le ayudase.

Me sudaba el cuerpo; estábame sumiendo en un pantano de mosquillos venenosos y carnívoros.

—No te defraudaré, madre mía.

Mi vieja madre se perdió hacia el dormitorio; iba fogosa. Volvió con un gran paquete; me saltó el corazón. ¿Un nuevo regalo tan inverosímil como el pijama?

—Para ti, hijo. ¡No quiero que nadie te mire en menos.

Era un hermoso terno de gabardina, plumizo; una camisa blanca y un juego de colleras enchapadas.

Me noté bien vestido. Y para colmo de mi satisfacción, mi madre había colocado algunos billetes en el traje nuevo.

—Ahora podrás aspirar a un trabajo decente, hijo.

—Desde luego, mamacita linda.

*
* *
*

Salí a la calle resuelto a todo; me sentía principal, pleno de orgullo y alegría.

Por callejuelas y avenidas de la capital caminé ensimismado, creyendo toparme con la visión de Olga. Nada. Sólo advertí el imponente edificio de la Casa de Bello, las muchachas felices subiendo las escalinatas malolientes del Hotel "Las Noches de Colón". ¡Cómo sacar a Olga de ese ambiente denigrante!

Había dejado morir algunos días; hubiera querido no retornar a esas calles donde las adolescentes se pescan de la vida; empero, una presión desconocida me impulsaba a esos lugares. Ahora, eso sí, tenía un argumento de peso: rehacer la vida de Olga, velar por su salud y obligarla a respirar el aire puro de la mañana. ¿Me estaba volviendo loco? Quizá si pensaba en todo eso por sentirme bien vestido; sé que caminaba seguro, con aire triunfal.

La noche se presentaba egoísta. Olga no existía en las vecindades de la Universidad de Chile. Me dirigí entonces a calle San Antonio, segundo punto donde las muchachas enredan sus corazones por unos sucios y esenciales billetes.

Me acerqué a un grupo de mujeres. Sentí el peso de

alguna mirada. He ahí latentes sus ojeras, los labios carmesí, sus faldas ceñidas, sus pechos inclinados, los tacos altos y el andar sensual. Entre ellas, tampoco divisé a Olga. ¿Estaría en una blanca sala del Hospital San Luis? ¿Penaría en la Casa Correccional? O tal vez un **cañiche** astroso extraía sus últimas latidos materiales. Me confundí. Giré sobre mis pasos y me enfrenté a una prostituta joven, rubia teñida, de ojos penetrantes, de falda atrevida, de pasitos cortos, un poco torpes. Debí inspirarle compasión.

—¡Ah! ¿Eres tú?

Me reconoció.

—El amor de Olga. ¿Verdad?

—El mismo.

—Olga se fue al puerto. Aquí ya no podía trabajar. La mujer adivinaba mis pensamientos. Le di las gracias, abrazándola como si fuésemos viejos amigos y me lancé a vagar por las céntricas calles santiaguinas.

Dejé pasar una hora; probablemente dos horas. Un aviso de luces danzantes me detuvo: "Ramis Clar. 1892. Salón Olimpia". ¿Qué sería aquello?

*
* *
*

Noche intensa; calles azotadas por llovizna cruel, barrillo incrustado en las aceras, viejos papeles vagabundos, frío y nostalgia de Olga: necesidad de beber. Un pasadizo, estrechísimo, una empleada española en la caja, una cafetera express, vomitando vapor; frascos repletos de pastillas, pasteles, bandejas, copas, vasos, tazas, garzones, mujeres alegres. Un salón amplio, mesas espejos,

jovenzuelos inquietos, amanerados, descuidados, y el aire partido por la melodía de "China Boy". La orquesta, en todo caso, anulaba la frialdad de los conjuntos comerciales que solía escuchar en las salas de baile de "La Buenos Aires" y del "Follies Bergere".

Caminé entre mesas y sillas distraídamente, mas intenso griterío atrajo mis ojos. Ahí estaba la **cáfila hampona**: el lanza Muleta, el ladronazo Gomina; Carreta Vieja, el cañiche de Los Callejones; Malalo, amor de la Rucia; Pomarropia, discutido jugador. Más allá, ocupando silla y media, las nalgas suculentas de Cachetón Pelota, tratantes de blancas de los barrios porteños. Entre mesa y silla, Mario Corneta, diciendo disparates.

—¡Qué contái, pus Chicoco maraco!

—¡Aquí estoy, pus borrachín de cerveza!

—Ahora que te chuteó la Olga, volvís al cahuín.

—¡Dejen al Chicoco tranquilo que está cargado al amor espiritual!

—¡Buena, Gomina!

Y el eco de una jajajá general.

Cuando la **cáfila hampona** notó mi indiferencia, dio con su mirada a otros contornos. En la pista una muchacha muy joven se movía con vigor.

—¡Chitas el culo lindo!

Cachetón Pelota en acción; Mario Corneta, embrutecido por el alcohol, simulaba sus ágiles movimientos.

—¡Este potito me lo sirvo hoy día!

—No será mucho, Cachetón Pelota.

El homogéneo conjunto de Fernando Lecaros terminó bien con "China Boy"; la muchacha pasó muy cerca de la mesa. Su fragante efluvio enloqueció a la

cáfila hampona. Se hallaba sola; su cortejante la acompañó hasta la mesa.

¡El grupo de hamponés a la carga!

—¡Esta cabra es del **cahuín**: vive donde la Lechuguina.

—¡Las huevas, Carreta Vieja! ¿Conocís la Francesa de General Jofré? Allá culea con disimulo.

—¿Con disimulo dijiste, Muleta cagón?

—¡Por el culo querrás decir, tonto huevón!

El parquísimo Pomarropia tomó la palabra; su voz autoritaria no admitía réplica:

—El asunto no tiene importancia; ustedes se ahogan en la mierda. La negra tiene buenas ancas para sentarla en el pelao. ¡A trabajar, muchachos!

Ni corto ni perezoso, entré en combate:

—¿Bailamos, señorita?

La respuesta fue concreta; en la pista me balanceaba a los compases de "Carolina in the Morning". El acompañante anterior, al descubrir mis ímpetus amorosos, me miraba con malos ojos. ¿A quién temer si la cáfila controlaba mis pasos? No le di importancia.

—¡Descúidense con el Chicoco, no más! Esta madre que se hace la cartucha, nos va a planchar a todos!

—¡Gomina, Cochino!

Muleta respondió en tono femenino:

—¡Ay, tonta cola, que te hacías la maraca!

Observé de cerca a la muchacha; tenía peinado alto, tez morena, ojos verdes, busto pronunciado. A veces, cuando sonreía, semejaba niña de familia; sin embargo, pertenecía al ambiente. Sanidad aún no la había atrapado.

—Tus amigos vienen a bailar o a pelar.

—Es que son muy tímidos los pobrecitos.

—No se nota. Sobre todo ese guatón con cara de sapo.

—¡El mentado Cachetón Pelota! ¡La madre más gorda del Olimpia!

El final de "Carolina in the Morning" estuvo subrayado de emotividad. Entonces insinué a la muchacha que se fuera a la mesa de mis buenos amigos.

—¡Qué más da!

La cáfila hampona se excitó; aquello fue un golpe que ninguno olvidaría.

—¡Este Chicoco es un demonio!

*

* *

Tomé a Persy —nombre raro— como arte, como sentía necesidad, en ciertos instantes, de oír buena música de jazz. ¿Jazz? A la fecha, todavía esa tendencia estética hallábase en fase primaria. ¿Era sólo música de baile? ¿Ritmo de alucinados? Nunca dudé al respecto.

Una noche de mi niñez, allá en las laderas del Cerro La Cruz, en Valparaíso, sentí una tocata que emergía límpida desde un ventanal de niñas alegres. Me retuve. ¿Qué extraño mundo se abría a mis sentidos? Ahí comprendí que la trompeta de Louis "Satchmo" Armstrong, luminaria negra de Nueva Orleans, me dañaba. ¿Qué recursos poseía el **hot-jazz**?

Cuando ya mi materia se había alzado por los aires, con mucha continuidad, comencé a visitar un solitario amigo de calle San Francisco de la capital. Era un hombre rubio, reposado, un tal Woodhouse, quien tenía una

discoteca de primera línea. Habíase esforzado por conseguir los solos más sorprendentes de la modalidad **hot**. Podía, en su bohemio rincón, escuchar tan pronto las interpretaciones del cornetista León "Bix" Beiderbecke —fallecido prematuramente— como los golpes emocionados de Gene Krupa. Todo aquello me trastornaba.

—Nadie puede aún captar la profundida del jazz. Cuando Armstrong canta o toca, por ejemplo, baja los párpados y lentas lágrimas corren por sus mejillas. Quizás ellas no se vean.

Una extraña mezcla de alivio y de ahogo me producía el encuentro de este hombre rubio, de ascendencia norteamericana, quien, al referirse al jazz, sobrepasaba la emoción de la noche estrellada. Le veía como ausente, arrinconado en remotísimos sueños.

—Willie Bunk Johnson lo dijo: "El jazz es música del corazón, no mente". No obstante, no lo comprenden aún, y eso es todo. Al arte no puede esconderse; aflo-
ra como el viento, es avasallador como el océano".

Después charlaba sobre King Oliver, Bunny Berigan, Charles Teagarden, Duke Ellington, Joe Sullivan, Billy Taylor, Thomas "Fats" Waller, Benny Morton, Dickie Wells, Jay Higginbotham, Lawrence Brown, Frederick "Keg" Johnson y Bessie Smith, llamada con justicia "Emperadora del Blues".

—"Los músicos de jazz son improvisadores. No pueden compararse con los ejecutantes de partituras clásicas o selectas. Estos deben someterse. El músico de jazz, como el pintor y el poeta, nace; no se forma. Es un creador".

Ocho

¿Jugaba la noche conmigo? Llegué a considerar absurdo que hubiera seres que se acostasen temprano y que disfrutaran de los rayos solares. ¿Me impulsó el jazz a la perdición? ¿Me inclinó el baile por el abismo? ¿Me trastornaba el rostro de una mujer? En la soledad de mi cuarto, muy cerca del dormitorio de mi madre, me daba a pensar hacia donde caminaba. De una cosa estaba seguro: había descendido de nivel social y me hallaba en el plano de Gomina, Muleta, Carreta Vieja, Mario Corneta, Pomarropia y Cachetón Pelota. ¿Rehacerme? ¿Volver atrás? Aquello era tan inverosímil como arrodillarme ante Dios y pedirle, en vano, que perdonase mis pecados. Comprendía que algo funcionaba mal en mi cabeza. ¿Por qué seguía buscando gente ajena a mi clase?

—Terminarás mal, hijo.

—Lo sé, madre. Hay una fuerza superior que me precipita hacia los centros de baile.

Mi madre comenzó a mover las cejas. El hecho significaba que había perdido la fe en mí. Tenía razón; aunque me esforzaba por salir del círculo vicioso, fracasaba. En mi vida, la luz del astro era tan sin asunto como intentar buscar trabajo. Con todo, mi buena madre estaba preocupada de atender los deseos más exigüos. Además, seguía encontrando bajo la almohada el pijama impecable; el tecito en el termo y la imagen de María para que velase mis sueños. Cuando en los atardeceres abandonaba mi hogar de Víctor Manuel, después de dormir todo el día, una extraña inquietud me

traspasaba el corazón. ¿Me estaba condenando? Mi madre salía a la puerta, me besaba la frente y erguía su mano varias veces antes de que yo enfilase hacia Avenida Matta.

*
*
*

En el "Salón Olimpia" me olvidaba de todo. Volvía la música de jazz, las mujeres escotadas, las bromas intermitentes de mis amigos raros y las luces de colores que me hacían soñar. Este nuevo centro de baile, algo más acogedor que los otros, tuvo un efecto psicológico sobre mi existencia, borrando, al menos por algún tiempo, el camino de desastre en que probablemente forcejeaba Olga. Mi radical cambio de carácter había sido captado por mis compinches de la noche.

—¡Déjate de huevadas, Chicoco! ¡Los potos sobran!

—No es que me preocupe, Muleta. Estoy agradecido; vivía ciego.

—A mí, Chicoco, me importan un comino las mujeres; todas pagan mal.

Persy, mi nueva compañera de baile, que escuchaba el diálogo, saltó:

—Si no fuera por nosotras ustedes sonarían como tarro.

Intervino entonces Gomina.

—Buena, Persy. Esta cabra manda pelota. Pero hay que reconocer que algunas la cagan.

La orquesta, dirigida por Fernando Lecaros, interpretaba "At the Jazz Band Ball", escrita por La Rocca y Shields, especialmente para la Original Dixieland Jazz Band, cuya novedad había tenido el honor de escuchar

en grabación Brunswick en casa de mi amigo norteamericano. Si yo hubiera tenido en ese instante la mala ocurrencia de decir que conocía esa melodía, todos habrían reído de mis conocimientos jazzísticos. Dentro del irregular mundo en que me desenvolvía, este fue un secreto que siempre supe guardar. Además, ¿a quién podría interesar, por ejemplo, que "Nobody's Sweetheart" estuviese magistralmente grabado por la banda de los "Chicagoans"? Aquello resultaría tan fuera de tono como vestir de frac a Muleta o de smocking a Cachetón Pelota.

Breves momentos duró la paz.

—De las mujeres mejor no hay que hablar.

Persy, la esbelta bailarina del "Olimpia", atacó otra vez.

—Tú, Muleta, hablas en contra de las mujeres, y si te las quitan, te mueres.

—Son necesarias, Persy, pero destiñen.

—¿Y quién no destiñe? —asintió la muchacha.

Apacigué los ánimos:

—Bueno, a bailar, que el mundo se va a acabar.

—Esas son palabras, Chicoco. ¡Los maracos pelean!

*
* *
*

En el Salón de calle Huérfanos se bailaba diariamente de 19 a 21 horas y de medianoche a tres de la madrugada. El ambiente era muy heterogéneo. Así, por ejemplo, las jóvenes procedían de los diversos prostíbulos que circundaban la ciudad: Los Callejones, Maipú, General Mackenna, Vivaceta, San Isidro, Eleuterio Ra-

mírez, Lingue, Eyzaguirre y otros. A veces muy de tarde en tarde, caían por ahí adolescentes limpias; es decir, elemento que trabajaba como cajera o al mostrador de algún negocio céntrico. No era imposible ver en el torbellino a funcionarias públicas, semifiscales, particulares. Todas, sin embargo, iban sin intención, quizá huyendo de amargos instantes. Después eran seducidas en los hoteluchos o ciertas casas de cita sin letrero. Las muchachas se enredaban con el viejo cuento de la tía. La tía, más allá de la medianoche, era un hombre de rostro idiota, sexual.

La galería masculina era impresionante, la **cáfila hampona** reinaba en los pasillos. La deserción de "La Buenos Aires" y del "Follies Bergere" había sido definitiva.

Si en el sexo femenino notábanse extrañas caras repintadas, en los jovenzuelos el cuadro trasponía el comentario. Una mezcla de clase media y baja destacábase en el "Salón Olimpia": conocidos **cafiches**, hábiles ladrones, tratantes de **blancas**, **pichicateros** consumidos por los vuelos terrestres, homosexuales disimulados y abiertos; afanadores, cuenteros, jugadores, escaperos, ubicadores de **puntos y giles**, vendedores de la "nagüe". Encima de la farsa, siempre sobresalía un cuello duro, la sonrisa amplia, un baño turco cómplice de limpieza y muchas **lucrecias**, ladrando en dadivosos bolsillos. De vez en cuando, como en el caso de las adolescentes ingenuas, caían por ahí Oficiales de Carabineros y Ejército; detectives, profesores primarios, intelectuales, empleados de bancos, oficinistas anestesiados por el tecleo de las Underwoods. La briosa juventud árabe y judía, con sus estridentes aullidos milenarios, amenizaban la

tertulia nocturna del "Salón Olimpia", olvidándose de los golpes sanguíneos.

—¡Este sí que es ambiente, mierda!

La humanidad brotaba de todos los rincones. El "Salón Olimpia" era eso: calor humano, juventud irresponsable, tiempo presente y detenido.

Había en la vieja sala un instante de euforia colectiva: ese instante se producía a las veinte horas y a la una de la madrugada. Entonces todo ese tropel de jóvenes se lanzaba a la pista, gritando, rascándose, sudando sus alegrías pasajeras.

Las mujeres mostraban piernas descomunales, calzones de negra fantasía; los muchachos se derretían al ritmo ardiente del "Paso de la calle Doce". Los mozos aparecían y salían con bandejas repletas de botellas y vasos desocupados. El humo rubio y negro se confundía, dirigiéndose al cielo raso, recubierto por ágiles mosquillos bailarines y saltarinas mariposas nocturnas. Los potentes focos presentaban la mitad del rostro de esa juventud, impidiendo desentrañar qué había en la otra parte.

—¡Este sí que es baile, mierda!

*

* *

—Y tú, ¿por qué tan chiquitín, Chicoco?

—Pero me la puedo, Persy.

En el instante bailaba con la muchacha los finales del "Paso de la calle Doce". Las palabras de Persy, con respecto a mi escasa estatura, me afectaron. Cuando traspuse el umbral del "Salón Olimpia", me detuve delante de una vitrina iluminada. En realidad, tenía esta-

tura mediana. ¿Qué hacer? Traté de exigir a mi cerebro alguna forma para estirar mis huesos; en todo caso el proceso de crecer no podía gestarse en veinticuatro horas, sino en un largo período.

—Si no crecís, Chicoco, “adiós, que te vaya bien”.

No quería perder a Persy como compañera de baile. Por primera vez, un hecho secundario me preocupaba. ¿No habría otros problemas más principales de qué interesarse? El factor trabajo, por ejemplo; acostarse temprano, corregir los malos pasos, encuadrarse en una senda normal.

“¿Qué leseras estás pensando?”

Todo esto, que hubiese sido razonable, no me importaba. Ahora deseaba crecer, y crecer para atraer a Persy, para que nadie me robase la “vedette” del grupo, para evitar la seducción fatal que veía en los rostros de Cachetón Pelota y Mario Corneta.

—La Persy quiere pico y vos dale con el baile.

Baile sobre baile. ¿Qué me interesaba que Persy tuviese hermosos muslos? Crecer y crecer, ¿qué me importaba que los pechos de la muchacha fuesen redondos y prietos?

*
* *
*

En la tarde del día siguiente hice mi entrada habitual: el “Salón Olimpia” desdoblábase en alegría y música ligeras. La **Cáfila hampona** habíase reunido alrededor de las consabidas maltas y pilseners. Los modismos y los disparates hacían temblar los escasísimo grupos moderados.

—¿Qué me decís, pues Chicoco, todavía la llorái por Olga?

—A la tonta había que quitárselo con cuchilla.

—La Persy quiere papa y el Chicoco baile y baile.

Mudo, como distante, me senté al lado de mis desalmados amigos. Había crecido cinco centímetros, pero nadie captó ese detalle. ¿Cinco centímetros? Aquella gente vivía su mundo y poco le interesaba que algún ser creciera o decreciera. Para la **cáfila hampona** lo único concreto era restregarse sobre las muchachas, decirles “te quiero” y acostarse con ellas. ¿Casamiento? Esas palabras hubiesen sonado tan extravagantes como atravesar el Océano Pacífico en una lancha al garete.

—¡Los maracos se casan!

La **cáfila hampona** giraba en torno al epíteto **maraco**. El vocablo encuadraba en la acepción homosexual, mas ninguno de esos visitantes **olímpicos** ejercía la sodomía. Empero hablaban de **maraco** con tal naturalidad como decir simplemente pan, té o azúcar. “Los maracos se van”, “los maracos lloran”, “los maracos no bailan”. ¿Los maracos no bailan?

Entonces saltaba como celaje sobre los brazos de Persy y me balanceaba a los compases de “I love jazz”, que “Satchmo”, “Boca de Maleta” habíase grabado con The All Stars, muchos años ha, en sello Decca.

—¿Y qué te pasó, Chicoco?

Le había sorprendido mi nueva estatura.

—¿Me guardas el secreto, Persy?

—¡Ni qué hablar, Chicoco Malo!

Le dije que sus palabras me habían apocado; que busqué una fórmula para crecer con velocidad.

—¡Qué extraordinario!

A la mañana siguiente del ex-abrupto de Persy, compré un par de zapatos, tipo bototo militar, de caña

alta; el taco lo rellené con cinco centímetros de algodón blanco. Al principio caminaba con dificultad. La idea de crecer había puesto en fuga el sueño que en forma rutinaria sentía en la claridad del día. Entonces me di a practicar largas horas, encondido en mi pieza, hasta lograr un andar regular y cómodo. El asunto me dio resultado; me acerqué a la perfección.

—Ahora no podrás liquidarme, ¿verdad?

—¡Hecho, Chicoco Malo!

Mi nueva estatura me sirvió para acapararme a Persy hasta altas horas de la madrugada. Recuerdo que en todas las mesas había euforia y los garabatos de la **cáfila hampona** hacían crujir el techo del viejo "Olimpia". Cachetón Pelota y Mario Corneta se peleaban un objetivo.

—¡Chitas el poto rico de la Persy!

—No será mucho, Cachetón Pelota.

—Ese bistoco me lo sirvo en pelotas.

—¡Estate callao, vos, Gomina tamboreado!

—¡Escoba, Mario Corneta!

Persy, en las locas vueltas del **swing**, mostraba hermosos muslos y unos cuantos centímetros de negros calzones. La **cáfila hampona** estaba a la carga; Persy vivía en el grupo, mas su fascinante traste estaba en juego: no había sido reducido por la gran turba de secuaces sexuales.

—El Chicoco se hace; me tinca que de repente va a dar con Persy en el de cuatro perillas.

—¿No sabís, Muleta tonto, que el Chicoco es firmeza, però p'al baile?

La **cáfila hampona** del "Olimpia" había dado origen al verbo cafichar, voz no recogida por folkloristas toda-

vía. Los **cafiches** del “Salón Olimpia” eran señoriales, muy limpios de ropa. ¿De ropa? El Malalo, por ejemplo, explotaba a la Rucia. La Rucia era ramera de prostíbulo; mujer bondadosa, fiel como perro, un poco gorda por la gimnasia de sus muslos.

—¿Y por qué no traís un día la Rucia, Malalo?

—¿Para qué? ¡Déjenla que gane la torta tranquila!

Cuando Malalo, en los amaneceres, se recogía al lpanar de la Rucia, sabía que en el velador estaba el dinero que la gorda meretriz había obtenido por sus esfuerzos materiales. Si los billetes no aparecían, Malalo procedía en forma cruel. De ahí adelante, la Rucia era mujer perdida. Al primer puñetazo, caía a los pies de su dueño.

“¿No sabís, Malalito, que tengo que comprarme un vestido nuevo? Ya nadie se fija en mí, y la Teté me lanzará”.

Malalo no entendía esas cosas; requería dinero para despilfarrarlo entre sus amigos del “Salón Olimpia”. El famoso **cafique**, junto con Pomarropia, tenía iniciativas:

“¡Aquí pago yo, mierda! ¡Aquí paga Malalo, el gozador!”.

Otro **cafique**, en escala descendente, era Carreta Vieja. Rubio y alto como espiga en flor, de cutis granuloso; éste expimía las relajadas mujeres de Los Callejones. ¿Callejones? Una ciudadela de prostíbulos con nombres ilustres: Juan Ramsay, Urriola, Dr. Brunner. Ahí la noche se partía en mujeres ojerosas, chasconas, calenturientas; muchas de ellas dormitando con braseiros entre las piernas. No estaban tampoco ausente los homosexuales, seres sensuales como damas delicadas;

veíase también a chiquillería desnutrida que escondía inútilmente sus naricillas en los atardeceres.

“¡Calle con olor a poto viejo!”.

De esas mancebías, Carreta Vieja recibía cuotas, dinero que quedaba en “La Buenos Aires”, en el “Follies Bergere” y en el “Salón Olimpia”. Carreta Vieja era generoso, ejecutivo, parco en el hablar; sonreía con gracia y aquello era su fuerte entre las mujeres livianas. ¿Y su apodo?

“¿Conocís la Margot, viejo?”

“¡La Margot! Carreta vieja, viejo”.

De ahí había surgido su sobrenombre. Lo sabía todo; era sabio pedante. Ninguna mujer se le había escapado.

“¿Qué tal la Teruca, viejo?”.

“Carreta vieja, viejo”.

*

* * *

Nunca pude entender cómo aquellos seres vivían sin preocupación alguna, indiferentes a ciertos hechos sociales, reacios a las limitaciones, enteramente irresponsables. Es cierto que me parecía a la cáfila hampona como dos gotas de agua; empero había una diferencia: yo pensaba, me amargaba. Por el momento, todo reajuste o rectificación era paja al viento; quizás con el tiempo, por algún sendero, me aproximaría a una vida utópica, tan remotísima como las estrellas que titilan más allá de la galaxia nuestra.

Mario Corneta desenvolvía sus días entre el vino y el sueño; pocos sabían de dónde salían esos morlacos que dejaba sobre las mesas del “Salón Olimpia”. Muy

rara vez entreabría un ojo para ubicar el traste de una bailarina.

“Seguramente que tiene una firmeza que escupe”.

Era un borracho notable, pasivo, risueño, a ratos muy lúcido, que dormía a ratos. La **cáfila hampona** le quería por su buena presencia. Otros le atribuían extrañas desviaciones, pero ello no estaba comprobado.

“Habladurías, Chicoco; Mario Corneta es muy hombre”.

Procedía de acomodada familia, de viejos escudos y armas; había sido oficinista de la Ford Motor Company; como a muchos, la noche le torció el cerebro. Un día le pasaron un Ford de prueba, último modelo. En los tenebrosos Callejones le desplumaron la máquina. Al día siguiente le dejaron cesante.

“Me cagaron, cabros”.

“¿Te cagaron? ¡Escoba! ¡Tú los cagaste primero!”

Gomina era un simple ladrón; estrujaba los chalets y bungalows de El Golf y Ñuñoa. Para ello tenía excelente olfato: sabía cuando la familia Errázuriz, Varas o Larraín salían a cambiar de aire a sus pertenencias de Viña del Mar o a sus reductos palaciegos de la región austral de Los Lagos. Entonces presentábase a su trabajo con una maleta de fuelle, con un **diablito** y **con manos enguantadas**; demolía los roperos, las cómodas y las emperatrices. Los daños causados eran muy superiores al dinero que recibía de los **reducidores** de calle Esmeralda.

Pomarropia era personaje de película. Tenía gran destreza para ubicar **puntos** y **giles**, y una manada de fieles hampones a su servicio. Como raya pasaba por todos los rincones sociales de la noche; le acompañaba

su figura indiscutible de **gentleman**. Sabía manejar las cartas tan bien como las mujeres.

“Una cosa me cagó, viejo; mi amarre legal con La Carlota”.

La Carlota explotaba a las adolescentes de provincia; en sus huestes sólo había muchachas “**dieciocheras**”, y muy cerca de ella, dando vuelta en torno al gran pastel, un grupo de excéntricos homosexuales. El Lola Puñales, El Marianella y El Muñeco.

La visita de Pomarropia a los clubes y cabarets era, en sí, un acontecimiento social. El buenmozo jugador no permitía que nadie pagase; él pedía, por ejemplo, una botella de whisky en el elegante y sobrio Tap Room; bebía un sorbo, dejando el valor íntegro de aquélla. La propina de un mil pesos quedaba dando vuelta, como fantasía, en la cabeza del garzón.

“¿Se habrá equivocado el futrecito?”

“¿No te dais cuenta, tonto huevón, que es Pomarropia, el jugador más grande de la noche?”

“¡Ah!...”

Una vida fastuosa corría por la melena engominada de este hombre que tenía el poder de retener en su frente los rayos solares. No concluía ahí el desfile. En la mesa contigua, donde solía reunirse la **cáfila hampona**, había dos o tres individuos malagestados. Estos sujetos —que para el común de los parroquianos pasaban inadvertidos— respondían por las espaldas de Pomarropia. Este —según decían— se dedicaba también al obscuro negocio de tratantes de blancas, salpicando sus aventurillas con uno u otro contrabando de escala mayor. Trabajaba, con gran astucia, refugiándose en los días turbulentos en casa de La Carlota. La policía no

podía atraparle. ¿Acaso no había siempre un detective sentado a su mesa?

“¡Los tiras los arreglo yo!”

En el caso de los hampones de centros nocturnos, la ley era sorda. Muy a lo lejos se disponían redadas. La **cáfila hampona** sabía los movimientos de las Comisaría Judicial de Investigaciones y jamás caía en esas operaciones denigrantes, cuya caza se circunscribía a borrachos, mujeres triviales, adolescentes sin prontuario.

La **cáfila hampona**, en cuyo centro gravitaba, procedía de todos los caminos sociales. Si Mario Corneta tenía arrestos de “gran señor y rajadiablos”, Muleta venía de las capas más humildes de la sociedad; de esos lugares donde al imperio de los vientos se inclinan los conventillos, se remecen las poblaciones **callampas** y los perros aullan de hambre. Pomarropia, por su parte, era personaje enigmático; Malalo, el **cafiche** de la Rucia, tenía padres maestros. Ellos le dieron educación moral, quizá demasiado rigurosa, plena de consejos y ejemplos altos. El muchacho había terminado por desviarse y no hubo fuerza terráquea capaz de rectificarle.

“Pobres viejos; se forjaron ilusiones conmigo. ¡Los cagué, Chicoco!”

N u e v e

Decididamente mi vida se inclinaba hacia rutas de desastre. Mi madre seguía prodigándome un corazón completo. Su pequeño taller resurgía, la clientela aumentaba y los figurines caían, como en cuentos de hadas, de la Casa Dior, Mallet y Juventus, de París. Afianzada la posición económica, mi madre me comunicó la idea de visitar a mis hermanas que se habían cobijado

en casa de unas tías en el austral pueblecito de Pi-trufquén.

—Espléndido, madre. Yo cuidaré la casita.

En medio de emocionados besos y abrazos, se dirigió en el tren nocturno al sur de Chile.

—Lo único que te pido, hijo, antes de separarnos, es que te portes bien. Abandona la senda de perdición que tuvo tu padre. ¡Cuida la casita, hijo!

Ponía tal énfasis en sus palabras, que me estre-mecía.

—Están demás tus consejos, mamacita.

El ronco pitear de la locomotora Mikao me sacudió íntegro; la fina culebrina de hierro y acero púsose en movimiento.

—Adiós, hijo mío.

—Hasta pronto, mamacita.

El tren se perdió en la obscuridad de la noche; mi madre blandía un pañuelo claro; después su rostro se extinguió de mi mente.

Apretujado entre el gentío me quedé solo; lentamente, como sonámbulo, abandoné el gran andén de la Estación Central. En esos mismos instantes, ya presentía mis nuevos desvíos cerebrales. Aturdido por el humo espeso de las locomotoras, mi cabeza rodaba en varios mundos: la melena extensa de Olga, el pecho soberbio de Persy y la cáfila **hampona** del "Salón Olimpia".

*

* *

Como era muy temprano para la jornada nocturna del "Olimpia", encaminé mis pasos hacia mi hogar. Para ello, subí a un tranvía de la línea 33. ¿Línea 33? Vol-

ví a recordar mis días de infancia, mis días grises; las calientes hallullas de la Panadería "El Sol". ¿No era más feliz que ahora? Volví al presente.

Ahí estaba mi casa de Víctor Manuel; piezas limpias, cuartos resucitados por la mano de mi madre. Junto con accionar la llave, me sentí dueño del mundo. Una ojeada rapidísima a las distintas dependencias y la luz del mal; es decir, mis presentidos desvíos cerebrales.

Mi madre había puesto algunos pesos en mis bolsillos para satisfacer la necesidad estomacal. No obstante, yo estimaba que el dinero apenas alcanzaría para una o dos tandas del "Olimpia", y junto con ello anular el continuo despilfarro del vertiginoso Pomarropia; deslumbrar a Muleta y Gomina; beber cervezas frescas y homenajear al bonachón de Carreta Vieja, a Malalo, a Cachetón Pelota y Mario Corneta. En mi locura pensaba hacerle valioso regalo a Persy, la bailarina de la noche.

Una lechuza bohemia partió la noche.

Mi hogar tenía muchas cosas para reducirlas a dinero. ¿Me estaba volviendo loco? ¿Tendría fuerzas para destruir aquello que era mío?

"¿Y no estamos viviendo para morirnos, idiota?"

En la primera noche **olímpica**, el dinero de mi madre quedó sobre la mesilla del garzón Gutiérrez.

—El Chicoco está gastando la torta. ¡Este Chicoco es una fiera!

Creía en esos halagos; me sentía estimulado, estímulos vanos; positivos para esos días.

—Mientras no se coma la Persy...

Se referían a la muchacha como si fuese predio expropiado. Persy, en verdad, se había acercado más a mí.

Desde que redescubriera mi nueva estatura, no existía hombre alguno en su vida de danzante. Sin embargo, al acecho estaban Mario Corneta, el borrachín, y el barrigudo Cachetón Pelota.

—¿Para qué sirven los borrachos? Ni para bacinica estás bueno, Mario Corneta.

—¡Poto que veo, culo en el suelo!

—No será mucho, Cachetón Pelota.

—Esta rajita me la sirvo yo, Cachetón Pelota.

*
* *
*

Cuando de madrugada fui a dormir a casa, luego de lujuriantes bailes en brazos de Persy, comprendí que iniciaría una nueva danza, una danza sin orquesta: el desfile de cosas para vender o pignorar. En la extensa hilera levantó cabeza un servicio de plaqué Solingen, que mi madre aún no había entrenado. Luego el radio de velador, y un prendedor de oro que hallé escondido en un antiquísimo cofre. La Caja de Crédito Popular N° 1, de Serrano y Diez de Julio, me fue, por algunos días, tan familiar como la pista reluciente del "Salón Olimpia".

—El Chicoco está paleta; se la puede y la gasta.

—¡Le está dando cuerda al reloj en forma!

Aquello me fascinaba; ahora estaba siendo considerado y podía sentirme tan grande como Pomarropia, o como el chistoso **cafiche** de la Rucia, el notable Malalo. Todos me rodeaban. En ese período existencial, me sabía con bríos. El garzón Gutiérrez, pequeño de estatura, gordito y risueño como ramera nueva, había llegado al máximo de gentileza: me reservaba una mesilla en el

borde de la pista de baile. Antes que empezase la función vespertina, una tarjeta indicaba este hecho.

“Mesa reservada para el señor Escudero”.

Nadie tenía la suerte del señor Escudero. Sólo Pomarropia había conseguido, cuando expresamente lo pedía, esa distinción. Mayormente eso no le interesaba al famoso jugador. Su paso por el “Salón Olimpia” era fugaz, pues debía atender los giles y puntos que a diario le ubicaban sus lugartenientes.

Mis desatinos me dieron un inmerecido rango, posición que me cegó; tal circunstancia me hizo despreocuparme totalmente de Persy. Si las mujeres sobraban, ¿por qué amarrarme a una determinada muchacha?

—Tú, por la cuestión del baile, perdiste los mansos cueros.

—Por hueveta te comerán la Persy.

—Cachetón Pelota le bajará los calzones.

—¿Querís cerrar el pico, Muleta?

—Buenos, pues tonta loca.

Ante la presencia de un nuevo elemento femenino, llegué al desvarío.

—¿Eres capaz de cambiar a Persy por una mujer desconocida?

—¡Te falla muy fuerte, Chicoco!

“Soy un imbécil”, me dije.

Viose entonces a Cachetón Pelota bailando mejilla a mejilla con la excitante Persy.

—Poto que veo, poto violado.

—¡A la Persy se le calentó el motor!

Mis ojos se habían detenido en Ninoya; joven muchacha, de amplias caderas, esbelta, prostituta de la Nena del Piano, de la maloliente calle Camilo Henríquez.

Ninoya era muy festiva cuando bailaba; no poseía ese **swing** extraordinario que corría por la sangre de Persy, pero enloquecía su abultado trasero.

—¡Este sí que es poto, mierda!

—Poto que veo, culo en el suelo.

—Aquí sí que no, Cachetón Pelota.

A ratos, mi ex-compañera de baile me clavaba sus ojos, dándome a entender que era un desleal y descen-
trado.

—¡La cagaste, Chicoco; se te va la Persy!

La mafia comenzó a funcionar: Cachetón Pelota saltó otra vez sobre la pista, sacudiendo su colosal barriga. Persy se dejó llevar.

En la primera noche, la muchacha fue seducida bajo las ardientes sábanas del Hotel Osorno.

—¡Poto que veo, culo en el suelo!

—¡Buena, Cachetón Pelota!

El audaz Cachetón Pelota hizo sucumbir a la bailarina de la noche. Mas el asunto no terminó ahí; el gordo quería estrujarla en los prostíbulos porteños. Persy rehuyó la proposición, y el defraudado Cachetón Pelota pregonó su hazaña en todos los confines del "Salón Olimpia".

—La tonta es buenona pal baile, pero se cimbra mejor en el pico.

Mario Corneta, eterno enamorado de la bailarina, se desfiguró; se le vio constantemente bebido, discutiendo, mordiéndose semidormido. A veces quejándose; a ratos a la ofensiva, neurótico:

—¿Y cómo te fuiste a acostar con ese guatón horroroso?

—¿Y qué querís, si tú pasái como tagua?

La caída de Persy me impresionó; me sentía particularmente responsable.

¡El Chicoco es un imbécil!

¿Y yo? Bueno; yo hacía cinco días que no me recogía a mi cuarto de calle Víctor Manuel. Me avergonzaba; pero en vano intentaba buscar alguna fórmula de desahogo. Ninoya surgía con fuerza; aquello era como volver a vendar mis ojos. Por último, ya descontrolado, tomé otra resolución descabellada; decidí tomar pensión en el prostíbulo de la Nena del Piano para estar bien cerca de la muchacha.

“¡Se empotó el Chicoco!”

La gorda ramera puso mala cara, pero ante los billetes, cedió:

—Bien, Chicoco; si te pilla el Nimbo, no contés conmigo.

—Ese asunto lo arreglo yo, Nenita.

Cuando Ninoya era requerida por algún parroquiano, la Nena del Piano gruñía:

—Esa rajasuelta está quedá.

La pieza de Ninoya era muy acogedora; se exhibían copias de cuadros famosos, artísticas fotografías de la muchacha y una estatuilla de la Virgen del Carmen. ¿Por qué en todo esto había algo sagrado? Más allá podía verse una alfombra persa, un ropero de raulí de tres cuerpos, una mesilla con revistas picarescas y una cama amplia, muy suave. Después la vida: un bidet portátil, paños higiénicos, una botella con permanganato, profilácticos, jabones, peinetas, cepillo, rouge, lápices y pinches varios.

Luego la voz dulce de Ninoya.

—Tú tienes algo de excepcional. ¿No te has dado cuenta que estoy desnuda?

Quizá esa preocupación por los hechos materiales haya sido causa de muchos disgustos o de numerosos éxitos pasajeros. ¿Por qué sólo pensaba en la música de jazz, en el baile, y en la noche?

—Tienes rostro de diablo, pero hay algo en ti de...

—Bueno, Ninoya. Estoy aburrido de los retratos.

Contestaba las preguntas de Ninoya sin sentir las. ¿Preguntas? ¿Qué remediaba aquella especulación física? Estaba viviendo otro mundo. ¿Ninoya desnuda? De pronto, me noté pleno de angustia. ¿Por qué había desmantelado la casa de mi madre? ¿No era mío todo aquello? ¿Y qué obtenía con amargarme ahora?

—¡Vuelve, Chicoco! ¡Estás como en la luna!

Entonces, por primera vez, vi desnuda a Ninoya. La muchacha se mostraba tranquila, sin acaloramiento, sin deseos. Después se dejó envolver por besos y abrazos.

—Así, Chicoco, pero bien suavcito.

Tenía prietos muslos y llamativo lunar próximo al ombligo. Aquella parte le bailaba sin detenerse. De súbito, quedó quietísima y yo sentí la tristeza de sus ojos.

*

*

*

Ninoya había llegado al prostíbulo como tantas otras chiquillas de provincia. Otra vez, al escuchar la vieja historia, surgía la figura de Nimbo, aquel harpón de armas tomar que marcaba la mejilla izquierda de Olga. Sí, sí, Olga, ex-bailarina de "La Buenos Aires", del "Follies Bergere", ex-asilada del lenocinio de la Mimí.

Nimbo le había pintado una vida de sueños: un

puesto de cajera; vestidos, paseos y la noche luminosa del Gran Santiago.

La muchacha se sentía maravillada por el buen trato del "cazador de blancas". Luego surgía la fascinación del centro; los cafés elegantes, las vitrinas artísticas, las tiendas de lujo, los cines, los teatros, los letreros luminosos.

"Todo esto puede ser tuyo, Ninoya".

"Tanto da el trabajo de cajera, Nimbito".

En la primera noche santiaguina, Ninoya había pisado una alcoba elegantísima. Un hombre desconocido le atendía fogoso, inquieto, ansioso. Muy pronto, surgía ambiente musical, luces tenues, licores surtidos, alfombras, plumones y un larguísimo diván. ¿No era eso de otro mundo? En la mitad de la noche, Ninoya estaba ya tendida, boca abajo, mordiendo los suaves plumones, quizá pensando en sus crédulos padres. En una mesilla esperaba un puñado de billetes arrugados.

Estrujada prematuramente, Ninoya había pasado a una ramería de segunda clase. Después venían las consiguientes bromas.

"Te das cuenta, Jeanette, la tonta de la Ninoya creyó en el cuento de la cajera. Ahora tiene la mansa cajita..."

"Muera en la rueda, comadre, porque a usted le pasó lo mismo".

Ninoya lograba aún mantenerse principal. Se veía esbelta. Era muy aseada y sobria en el vestir. Podía fácilmente confundirse con una niña de familia, descontando sus colosales asentaderas. Pero ella habíase conformado a su nueva suerte; incluso, con alguna ingenuidad, le remitía dinero a sus viejos padres sureños.

En extensas misivas, les contaba lo subyugante que le parecía vivir en la capital. Entonces les hacía un bosquejo de la Quinta Normal de Agricultura, del Club Hípico, del Hipódromo, del Museo de Historia Natural, del Cerro San Cristóbal y del Palacio de Bellas Artes. De paso, volviendo al mundo de la imaginación y la mentira compasivas, les informaba sobre sus peripecias de cajera.

“No vís, Adolfo, cómo la chiquilla tenía razón. Figúrate que ahora quiere llevarse a Isabelita para educarla en Santiago”.

En el caso de Ninoya, ¿por qué volvía el pasado?

—Si yo les pudiera contar que la realidad es otra.

En sus palabras se mostraba resignada, tratando de dar a entender que había deseado un camino distinto.

—Contigo se puede conversar, Chicoco.

—¿Y qué saco con eso, Ninoya? Mis estudios humanísticos no me sirven para nada.

—Algún día, Chicoco.

Un mundo nuevo capté durante el lapso que convivi en el prostíbulo de la Nena del Piano. Medité mucho sobre extraños chasquidos, ruidos diferentes, gritos afiebrados, palabras obscenas, ajetreos, música de mala calidad. ¿Qué pasaba más allá de esas murallas? En esas ocasiones las parejas discutían; se cobraban celos.

“Deja mirarte, mierda”.

Ninoya vivía en esa vorágine de piernas y sexos, de licores y luces, de quejidos y mordiscos.

—Menos mal que Nimbo no está en casa, Chicoco.

La mano de Nimbo estaba en todos los prostíbulos. ¿Cómo un hombre podía manejar tantas mujeres? Tan pronto se cimbraba en el vientre abultado de la Nena,

como seducía a Ninoya, Sonia y otras asiladas.

—No podemos negarnos. El Nimbo es fiero y es también cariñoso. Cuando nos trata mal, es más rico.

—No te entiendo.

—Tú nunca entiendes nada.

—A veces reniegas de él; ahora le encuentras “cariñoso y rico”.

Luego la muchacha retornó un poco al pasado.

—Olga dejó huellas aquí.

—Las huellas las tiene Olga, pero en la mejilla.

—Sea como sea: no tenía decoro.

—¡Moralista!

Le expliqué cómo la había conocido; por qué le estaba agradecido.

—¿La defiendes?

—¡Debo defenderla!

Hice un retrato de la prostituta errante; con su mirada baja, tratando de atraer incautos en las vecindades de la Universidad de Chile y en calle San Antonio. La partida de Olga a Valparaíso me había congestionado.

—Por eso, quizá, te hallo raro. Sé que la prostitución demuele; que la calle fascina; y que el final es una enfermedad incurable.

Repitió en voz alta el nombre del hampón.

—¡Nimbo! ¿Sabes que también marcó a Sonia? Una vez me escapé por segundos. El Nimbo quería poseerme; me hallaba indispueta. “Estoy enferma, Nimbito”. “¿Y qué me importa a mí esa huevada?” Me entregué. Después me trató de mugrienta, de caliente y sucia... Nadie comprende las reacciones de Nimbo.

Nimbo, como la maffia, amaba la noche. El frecuentaba otros recintos: el “Zepelín”, de calle Bandera; el

“Tabaris”, de Alameda Bernardo O’Higgins y Estado; el viejo “Chantecler”, de San Diego con Avenida Matta. Por ahí movía su gente, por ahí tenía sus picadas; por ahí deambulaban sus guardaespaldas, cafiches de menor escala. Era amante inmoral, ardiente, celoso, de mal genio, buenmozo, de ojos verdes, destellantes, alto; de pelo rubio, con ciertos mechones negros, circunstancia que le hacía singular. Tenía alguna similitud física con el Cabro Eustaquio, rey de la Plaza Almagro.

*
* *

Las noches junto a Ninoya pasaban entre abrazos y besos; decía sentirse orgullosa de contar con un hombre tranquilo. ¿Tranquilo? Entonces quitaba las sábanas y dejaba a Ninoya al descubierto; sensualmente ésta se daba vuelta, dándome la espalda. Así le admiraba su hermoso trasero provinciano.

—¿Me sacas a dar un paseo mañana, Chicoco?

—¿Mañana? ¿No has pensado que mañana podemos estar muertos?

Por la tarde del día siguiente estábamos más vivos que nunca; nos preparamos para un largo viaje por el Gran Santiago.

La muchacha vistió con suma sencillez. Se puso falda amplia, plisada; una blusilla blanca, de cuello almidonado y una corbata negra, de moda pajarito. Después calzó zapatillas de ballet y pintó sus ojos con exquisita gracia. Se veía hermosa, casi exótica. ¿Quién podría adivinar que en ella vivía una mujer trivial? En su presencia surgía un solo enemigo: su descomunal humanidad.

—El paseo será a pie, Ninoya.

—¡A pie!

—¿Y qué hay?

—¿No sabes, Chicoco, que siempre paseo en auto?

Algunas muchachas de prostíbulos no sabían de esas cosas. En todos sus viajes al centro utilizaban vehículos de arriendo; por ello, cuando cierta mariposilla se decidía por un paseo a pie, era fácil establecer su identidad.

“Es la Malula, de la casa de La Carlota”.

Caminaban forzadas, se enredaban en sus largos tacos, se cimbraban demasiado; despertaban inconscientemente la atención.

“¡Chita el culo pa temblor...!”

Ninoya era distinto, restando su parte posterior.

Como midiendo pasos, caminamos por Camilo Henríquez; calle sucia, de chiquillos peloteros, de gente desaseada, de vendedores ambulantes. Algunos suplementeros descalzos pregonaban “El Imparcial” y “Las Noticias de Última Hora”. Los hombres miraban, se miraban; se volvían, gesticulando sin cesar.

Ninoya se desentendía de todo eso; tenía personalidad.

—¡Por la flauta el medio culo!

Santiago avanzaba: Diez de Julio, Portugal y la sinuosa Alameda Bernardo O'Higgins. La muchacha me llevaba del brazo; deteníase en todas las vitrinas; su andar brevísimo excitaba al simple transeúnte.

—¡Este potito hay que tratarlo de usted!

—¡Buena, buena, huevón tonto!

Yo no hacía caso de la palabrería de los hombres; Ninoya no daba problemas; de sus delitos anatómicos ella no tenía la culpa.

¡El cerro Santa Lucía a la vista!

—Por ahí, por lo menos, no habrá curiosos, Chicoco.

—¡Ojalá!

Comenzamos a subir el cerro paso a paso; las primeras luces de los departamentos y las casas comunicaban el avance de la noche; pestañeaba la gran ciudad.

—¿Verdad que ornamentó el cerro don Benjamín Vicuña Mackenna?

—Sí, Ninoya. El roquerío lo transformó en arte.

—¿Y eso del pacto con el Diablo?

—Huevadas, Ninoya.

—¡Cochino!

—Perdona, Ninoya. Me olvido que voy contigo.

Llegamos a una planicie luminosa; parecía una plaza encajada en el corazón del cerro. Algunos muchachos jugaban a la pelota. Se detuvieron. Miraban una y otra vez a Ninoya; me hice el distraído; se hablaban entre sí, discutían, cambiaban impresiones respecto a la muchacha. Un chicoco de pecas no pudo retenerse.

—¡Buen material, viejo!

Siguieron jugando; quizás si más de alguno siguió el traste de Ninoya con cierta melancolía.

En lo más alto del cerro, allá donde parecen unirse las estrellas, el aire estaba perfumado por el follaje del Santa Lucía. Santiago se veía sumido en espesa bruma. El alumbrado público teñía la gran urbe, quitándole el cansancio. Las calles céntricas se notaban ahitas de automóviles, buses y crujientes tranvías. Los peatones movíanse con rapidez; de lejos esos seres semejaban hormigas envueltas en luces y sombras sugerentes.

Ya terminaba el paseo. Ninoya se mostraba dichosa, desenvuelta. Descendimos por caprichosas escalerillas; siempre abrazados, a veces inquietos ante el precipicio,

a ratos subyugados por las briosas enredaderas que se comían la tierra secular del viejo Huelén. Durante breves instantes nos vimos rodeados de arbustos: lilas quejumbrosas. Por el sendero inclinado tomé en peso a Ninoya; en la semi-obscuridad sentí su mirada, el choque de las rodillas con las mías y los vestidos amplios que se corrían por sus muslos. Me acarició con mucho cariño y dijo quedamente.

—¡Amor mío!

En pleno anochecer nos servimos un aperitivo en el foyer del Lucerna, un viejo café de la calle Ahumada. Desde el Salón de Baile, una orquesta de jazz comercial, tipo "straight", ejecutaba —con alguna pedantería— aires de Chicago y New Orleans.

Entraban y salían parroquianos; muchachas y jovencuelos, gente soñadora, todos atraídos por el signo majestucso del gran salón.

De pronto, para mí, el escenario se invirtió; en la puerta del Lucerna, frente al Banco de Chile, Ninoya hizo detener un taxi.

—Hoy, a medianoche, llega Nimbo, Chicoco. Si no me encuentra en el oficio me dejará peor que Olga. Tú comprendes, ¿verdad?

¿Quién me entendería a mí?

“¡A la mierda, Ninoya! Todas estas maracas son iguales”.

D i e z

Mi paso por la vida de Ninoya lo tomé como simple aventura. Volví al viejo "Salón Olimpia". Deseaba, en alguna forma, anular el vacío que me producía esta nueva muchacha.

Una extraña nostalgia me vino de pronto: vi la ima-

gen de Olga, vagando por las callejuelas de Valparaíso. ¿Habráse reintegrado a algún prostíbulo porteño o sería pasto de los vagos y pillos que deambulaban por Caleta Jaime? ¿Caleta Jaime? Ese breve refugio pesquero me quedó dando vueltas en la cabeza. ¿Y si fuese por ella?

“¡Al puerto se ha dicho, mierda!”

“¿Te está fallando el níspero, Chicoco?”

En el “Salón Olimpia”, bajo el humo de los Liberty y los Opera, envuelto en la gracia de esa inquieta juventud, escuchando “Singing The Blues”, que ejecutaba con acierto la orquesta de Fernando Lecaros, tiré líneas futuras sobre una servilleta de papel crepé.

La Ciudad de los Vientos me fascinaba; por las negras laderas del cerro de La Cruz había levantado materia, admirando el tempestuoso pecho del Océano Pacífico; extasiado con los viejos faluchos y los últimos veleros bailarines.

Con el pensamiento fijo en los intrépidos “piqueiros” y las armoniosas gaviotas, volví a la imagen de Olga. ¿Por qué no traerla a mi casa, cuidarla y decirle a mi madre de su enfermedad? Sé que ella perdonaría mis desatinos, considerando esa actitud como acto cristiano. Mientras meditaba, todo me parecía absurdo, incluyendo la risotada de la **cáfila hampona** y los intencionados modismos de Muleta y Gomina.

—Al Chicoco le falla muy refuerte, ya se enamoró de Olga; le comió la color al Nimbo y ahora ¡al puerto los boletos!

Y luego la voz desafinada de Gomina:

—La Olga es más puta que las gallinas, y el perla dale cargado al amor espiritual. ¡Huevón tonto!

A mi lado se hallaba Persy, recostada en los brazos

de Mario Corneta. Cachetón Pelota al acecho; se sentía orgulloso, risueño, triunfante.

—¡Poto que veo, culo comido!

—No será mucho, Cachetón Pelota.

Los temas de la **cáfila hampona** siempre giraban sobre lo mismo: sexo, más sexo.

—¡Chitas el culo rico de la Persy! ¡La tonta estrangula el pico con el choro!

—Ya pasó tu cuarto de hora, Cachetón Pelota.

El dúo picaresco estaba formado por Muleta y Gomina; Malalo y Carreta Vieja constituían la galería de aquella pareja; Pomarropia observaba, divirtiéndose de ser el amo de este grupo de maffiosos.

—El Chicoco es calentador de agua. ¡Las huevas que se planchó la Ninoya!

—Bueno; si el Nimbo actúa quiere decir que la pichula del Chicoco anduvo por ahí.

—¿No irá al puerto huyendo del Nimbo?

—El Chicoco sabe mucho, a veces se pone más pesado que el consomé de caballo.

—¡Buena, Gomina!

Dejé al grupo en lujuriente borrachera y disparates. Mario Corneta, ebrio como cuba, dormía como lirón. Al ojo, el vicioso Cachetón Pelota.

O n c e

De madrugada llegué a mi hogar. En el suelo yacía cariñosa carta de mi madre. Volvía por sus consejos, prometiéndome rápido regreso a la capital.

“Llevaré una gallinita para que la comamos los dos. Las chiquillas te envían muchos besos y abrazos. Dicen que te portes bien y que te echan de menos”.

Ante el contenido de la misiva, me dio pena la vida

que llevaba. ¿Por qué me esforzaba en caminar por un sendero que no me correspondía? Nunca lo supe, jamás traté de averiguarlo.

A la mañana siguiente entré en rarezas; si a veces no podía vivir sin la presencia de la **cáfila hampona**, ahora deseaba, por algunos días, no ver a nadie. Me atrincheré en ese alero familiar, dedicándome a pensar a qué había venido al planeta. En alguna forma quería decidir mis días y comprender si mi posición era necesaria o funesta para la sociedad. Si me consideraba inservible, inútil, ¿no era preferible acabar de una vez? Todavía no había pensado en el suicidio. Me sentía, eso sí, abrumado por hechos que no estaba en condiciones de entender. ¿Me estaba trastornando o anhelaba un camino decente? Ni lo uno, ni lo otro.

Uno, dos, tres días. Comida inverosímil: huevos fritos, chorizos, pan añejo, fruta seca, café, té. Vagaba por las desérticas piezas; veía la cabeza armoniosa de mi madre; asistía a las jugarretas de mis graciosas hermanas. Me parecía verlas correr por entre los jardines de la geométrica Plaza de Pitrufluén. No deseaba salir a la calle. Me sentía tranquilo reposado. Vivía un mundo silencioso; me hastiaba el gentío. ¿No era atrayente todo eso? ¿Y la música de jazz? ¿Por qué no había conseguido una discorola para oír aquella maravillosa grabación titulada "The Minor Drag"? Entonces suponía captar las manos negras y gruesas de Thomas "Fats" Waller sobre el teclado blanquísimo del piano. Observaba su recia frente, las cejas tupidas y arqueadas; sus ojos fijos, penetrantes; la nariz aguileña, un poco deforme; su cara gorda, quizás un tanto cansada por las exigencias de su mágico arte. Por encima de eso, admiraba la ancha son-

risa y la agilidad de su cuerpo. Después volvía a redescubrirle cantando "Baby Brown". En esta ocasión le notaba con tongo, con camisa plomiza, con chaleco oscuro, risueño, siempre risueño. Ahí me derrumbaba y lentas lágrimas rodaban por mis mejillas. Decididamente si alguien me hubiese sorprendido en ese instante, incluyendo mis amigotes, habría pensado que un fuerte desequilibrio mental habíase apoderado de mí. ¿No era así?

En ese único retiro voluntario de mi vida busqué los seres queridos, allegándome, in mentis, a esa extraña música que poseía la virtud de hacerme descansar.

*
* *
*

Una mañana, contrariamente a lo normal, me levanté muy de madrugada: había resuelto mi viaje a Valparaíso, mi soñado peregrinaje en persecución de la prostituta errante. ¿Pensaría Olga en mí?

"Quizá no la vea nunca".

Si muchos seres logran mediante el proceso de la meditación y pensamiento purificarse, diré que aquel extravagante encierro me fue más pernicioso que benigno. Entonces, como loco de remate, vacié la cómoda de mi madre, haciendo un gran bulto con toda la ropa interior de ella y mía, con las sábanas y otras prendas de uso externo. Descontrolado por desviada idea, enfilé con gran paquete hacia la Caja de Crédito Popular N° 1, de Diez de Julio y Serrano.

En la Casa de Empeños había voluminosa cola; sumado a esto, se producían gritos, estrellones, blasfemias, maldiciones, obscenidades; maltrato consabido del tasador; gente quejumbrosa y bromista. ¿Merecía estar en

el centro de ese pueblo apretujado? No quise especular en un tema odioso, y me di a pensar en las callejuelas del Barón, en El Almendral enigmático, en la Plaza Victoria, en los cerros pintorescos y en la Plazoleta Echaurren, donde se bañen en retirada y conjunción los marinos y marineros desplazados de todas las nacionalidades.

Me trasladé a tierra.

—¿Podría quinientos?

—Ciento cincuenta cachos; ni un cinco más.

El tasador respondía en “coa”; los colistas de la Caja de Crédito Popular se habían acostumbrado a la práctica de la vulgar jerga.

Mientras alguna dactilógrafa confeccionaba el boleto, sacaba mis cuentas mentalmente. El dinero me serviría para una estada de dos días en el puerto. En ese lapso observaría el modo de bailar de los porteños. ¿Serían más filóricos que los santiaguinos? Una visita al “Royal”, al “Checo” o al “Manila” bastaría para tomar una impresión cabal. Después me daría vuelta como trompo, agotando todos los medios para ubicar el paradero de Olga; visitaría también Viña del Mar y metería mi nariz en la casa de la renombrada Flor de Té, lenocinio que decían controlaba desde Santiago el sin par Cachetón Pelota. ¿Y si Olga hubiese mejorado? Me veía con ella bailando en el “Royal”, remecido por el ritmo sugerente de “Caravana”, de Duke Ellington. Luego volvía por mis viejos pasos, y entonces recordaba a la otra Olga, la prostituta de “La Buenos Aires” y del “Follies Bergere”. ¿Habría vuelto por esos antiguos dancinclubs? Aquello, en verdad, era tan difícil como pensar que el sol-estrella pudiera dejar de asomarse por el pe-

cho de Los Andes.

—;Fernando Escudero!

De la Caja de Crédito Popular N° 1, de inmediato, tomé la dirección de la Estación Mapocho. Me sentía des-
envuelto, bien vestido, con dinero suficiente para abordar
con éxito la empresa más escabrosa. Con paso firme
adquirí un boleto para Valparaíso, tercera clase. ¿Terce-
ra clase? No deseaba malgastar un centavo, pues ignora-
ba los vientos que podrían correr en la urbe porteña. ¿Y
si el dinero se me iba antes de lo previsto?

“¿Y qué más da, tonto feo?”

Entré en el gran andén de la Estación Mapocho;
bajé breves escalinatas. Lancé mi vista por los aires.
Aquel armatoste de hierro retorcido semejaba un mons-
truo recostado sobre el gentío, sobre los viejos carros, so-
bre las máquinas eléctricas. Abajo estábamos los hombres,
las mujeres, los niños, los bultos malhechos, las maletas,
los maletines; todo era movimiento.

Un pitazo. El vagón de la tercera clase era de made-
ra, quejumbroso; daba la impresión de estar cansado por
el ajetreo cotidiano de ir y venir por los acerados rieles.
El coche de primera clase tenía asientos muelles; los
otros eran de madera, mal barnizados, con muchas ra-
yas. ¿Qué importaba?

Me acomodé en un rincón; quería cerrar mis ojos y
abrirlos frente al Océano Pacífico. ¿Podría demostrar in-
diferencia ante los sucesos comunes de un tren ordinario?

Santiago de Chile iba quedando atrás; agonizaban en
el baile casas viejas, rancherías, perros flacuchentos, ba-
surales, animales vagabundos, mosquerío, burros inmu-
tables, hombres huraños, mujeres chasconas. ¿Era eso
Santiago de Chile en las afueras?

A menudo rechinaban los carros: ruidos metálicos; se movía el cable de socorro: avisos comerciales, balanceo; las gentes iban hacia adelante y atrás. Se perdió la capital.

Paisajes campesinos. Se abrió la puerta trasera del vagón; zumbidos, viento. Un jovencito de uniforme azul, con gorra semi-militar, pedía los pasajes, más atrás le seguía un hombre grave, ceremoniosa: el conductor.

—¡Pasajes al puerto!

Le pasé el boleto; el hombre me escudriñó; siguió. Nada.

Se inició un desfile de cerros áridos, de potreros verdes, de alambres y postes telefónicos; después planicies destellantes de sol. Algunas nubecillas egoístas partían en dos el espacio infinito. A través de los sucios ventanales, ciertos pajarillos coquetaban con el convoy, luego torcían, perdiéndose por entre los altos árboles del bosque. En otros instantes descomunales pajarracos, como suspendidos, husmeaban el terreno desde el aire. ¿Aves de rapiña?

El tren seguía rodando: Batuco, Tilttil, Rungue, La Cumbre, Las Chilcas, Llayllay, Calera, La Cruz, Quillota, Limache, Peña Blanca, Villa Alemana, Quilpué. ¿Por qué tanta tierra reseca? ¿Por qué terreno sin cultivar?

Una voz interna retuvo mis ímpetus sociales.

“¿Y qué tenís tú que preocuparte de huevadas si vas al puerto en busca de Olga?”

Entonces volví al plano regular; sonreía. En verdad que otros seres podían pensar esas cosas por mí. Me convencí. ¿Qué obtenía con devanar mis sesos?

Logré desentenderme de la realidad; no vi ya el campo abierto ni la gente del vagón; tomé posición

egoísta, dándome a meditar en hechos de mi propia incumbencia. ¿Y a quién interesarían éstos? ¡A nadie! Pero me satisfacía. Conscientemente no era nada más que un extraviado que intentaba construir un destino. ¿Construir un destino? ¿No iba huyendo de él? No me entendía. Me sabía en coche de tercera clase, rodeado de pueblo genuino, camino de Valparaíso, dejando atrás a mi madre y mis hermanas menores. ¿Por qué me movía? ¿Por qué había desmantelado mi hogar? Todo aquello, forzosamente debía tener una respuesta, una contestación que no podía hallar. Por el momento, mi extraño viaje hacia el puerto no tenía otra base que una nueva locura, una locura premeditada, casi organizada. ¿Por qué confundía las líneas del bien y del mal?

Se vino encima la Estación Barón. Descansé.

“Despierta, cabeza loca”.

Y abrí tamaños ojos. Valparaíso acogió mi garganta con desesperación. Me sentí tambalear. Allá arriba, no muy alto, estaba el Cerro Barón, negro y sucio como prostituta callejera; a mis pies el gasómetro; hacia el lado de Viña del Mar, hileras de capachos carboníferos, cruzando el cielo en pos del Océano Pacífico. Desde el sucio malecón vaciaban su negra carga los vapores mercantiles, carbón que iba a acumularse en la colosal bodega del gasómetro porteño.

No lejos de la Estación Barón erguíanse una torre con un reloj incrustado por cada lado. ¿Por qué caminaba disparejo?

Luego se advertía un tropel de niños, grupos de mujeres, borrachines, caballos flacos, burros esqueléticos, góndolas sudadas por una emoción no descriptible.